

Especialización en Psicoanálisis con Niños
Trabajo Final de Acreditación

**EFFECTOS EN LAS FORMAS
DE METABOLIZACIÓN PSÍQUICA
Y EN LA ACTIVIDAD DE PENSAMIENTO:**

ACERCA DE LA INFLUENCIA DE LA PSICOSIS MATERNA
EN EL CASO DE UNA NIÑA DE 11 AÑOS



ALUMNA: Lic. Baigorri María Victoria.
TUTOR: Lic. Gabriel Donzino.

ALGUNAS CUESTIONES INTRODUCTORIAS

El presente trabajo tendrá por objetivo en un primer momento, el recorrido y la descripción de los procesos y momentos fundantes que participan en la constitución psíquica infantil. Ello, a los fines de repensar los distintos lugares del otro humano en dicho proceso. La propuesta de la segunda parte se circunscribirá particularmente, al estudio de la serie de vicisitudes en los procesos de constitución subjetiva de una niña de once años cuya madre presenta una patología mental grave. Dicho análisis será realizado a partir de determinados fragmentos clínicos extraídos del tratamiento emprendido con la niña.

Como dijimos, la función del otro en la constitución subjetiva resulta un elemento insoslayable, no sólo en el ámbito de las interrogaciones teóricas. Dicha inclusión, también ha colaborado en la comprensión de fenómenos clínicos ante casos cuyos soportes de tales funciones estructurantes se han dado bajo condiciones especiales. De esta manera, se considera que este trabajo pueda ser elocuente al respecto: ya que es por y a partir de la interrogación clínica, que la búsqueda y orientación teórica encuentra sentido.

Para introducirnos en la cuestión que nos convoca, podríamos comenzar diciendo que la problemática del lugar del otro en el armado del psiquismo infantil se ha presentado como objeto de estudio e indagación en los inicios mismos del psicoanálisis, y más generalmente en la psicología desde cualquiera de sus vertientes. El psicoanálisis con niños -aún desde posicionamientos teóricos distantes-, ha considerado fundamental la inclusión de la función del otro en sus teorizaciones. Por tal razón resultaba ineludible, para cualquier analista interesado en la niñez, abocarse al estudio de las distintas figuras en torno al niño: progenitores, hermanos, abuelos, educadores, pares, etc. Dicha inclusión por supuesto, fue abriendo paso a toda serie de interrogantes que se extienden desde los primeros y clásicos escritos psicoanalíticos, hasta las ideas plateadas por autores contemporáneos.

Se habrá visto asimismo, que fueron y son actualmente varios los analistas de niños que han dirigido su interés al estudio de la patología mental en los progenitores. Por tal motivo, de considerable relevancia para nuestro trayecto serán las ideas de S. Freud, Winnicott, Bion, Green, Aulagnier, Enriquez, Bleichmar, Janin., etc.

Hechas ya las presentaciones introductorias, ahora escribiendo en primera persona, cierta idea no puedo dejar de explicitar. Me ha ocurrido en numerosas oportunidades, que al leer o escuchar una exposición de un material clínico, sobresalía un similar estilo compartido y utilizado en todos ellos. Se volvía claro que, en ellos surgía la necesidad de exponer el material en función de alguna cuestión teórica pronta a debatir, o incluso con suma frecuencia, el material venía a ser evidencia, bien concreta y solvente por cierto. Pensando y pensando sobre

este tema, particularmente sobre cómo armar este trabajo, se me imponía una idea. Qué tal si en lugar de eso, me propongo presentar e intentar precisar de una manera entendible por supuesto, lo que en mí persona despertó el material clínico seleccionado. Y más precisamente, me interesa mostrar aquello que la niña, el análisis y el vínculo generado, me habían dejado de enseñanza.

A los fines de orientar el recorrido, esta primera parte del trabajo dará cuenta de la exploración teórica realizada respecto al tema planteado, precisar el lugar y las funciones del otro en el proceso de constitución subjetiva infantil. Para tal fin en las páginas que siguen, se verán las referencias teóricas de tres principales autores, S. Freud, P. Aulagnier y D.W. Winnicott, sin dejar de mencionar otros autores contemporáneos, que fueron acompañando y enriqueciendo el camino transitado.

SIGMUND FREUD

En este tramo del trabajo recorreremos las pistas dejadas y sugeridas por Freud en su obra, respecto al lugar del otro, es decir, el papel que juega en la constitución del aparato psíquico infantil.

El aparato psíquico en sus inicios: Primeras inscripciones, tramitación de las excitaciones, el otro como auxiliar

Comencemos entonces. Sigmund Freud plantea tempranamente en sus textos que el organismo necesita, para dar cumplimiento al dominio de los estímulos, ayuda; no puede domeñar ni cancelar por sí sólo las excitaciones que le llegan, sean éstas endógenas o exógenas. Por ejemplo, frente a la tramitación de estímulos endógenos como los de hambre, sexualidad, respiración, éstos “[...] *Sólo cesan bajo precisas condiciones que tienen que realizarse en el mundo exterior; por ejemplo, la necesidad de alimento. Para consumir esta acción, que merece ser llamada “específica”, hace falta una operación que es independiente de Qn endógena [...] pues el individuo está puesto bajo unas condiciones que uno puede definir como apremio de la vida*”.¹

Pues el niño recién nacido, se encuentra por supuesto indefenso, vive -y su existencia se garantiza- por la presencia de un auxilio externo, de un otro, que tenga sobre sí la tarea de llevar a cabo la acción específica, dando satisfacción a sus necesidades vitales. *“Aquí una cancelación de estímulo sólo es posible mediante una intervención que elimine por un tiempo en el interior del cuerpo el desprendimiento (desligazón) de Qn, y ella exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica, sólo se puede producir por caminos definidos. El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño”*². Aquí rescatamos particularmente que, el auxilio ajeno lo lleva a cabo un individuo y no cualquiera, sino uno experimentado, y diríamos experimentado en advertir los estados del niño. Nosotros por nuestra parte, podríamos agregar que esa advertencia sólo es posible en alguien bien próximo al niño, que registra a través de una especial conexión.

¹ Freud, S. (1895): Proyecto de Psicología para Neurólogos, Pág. 341; en *Obras Completas* Vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

² *Ibíd.* 362.

Esta especial conexión, que distintos autores conceptualizaron, como Bion particularmente, la encontramos también en Beatriz Janin de la siguiente manera: *“Ante la tendencia expulsora del niño que intenta echar fuera de sí todo lo displaciente, la madre se ofrece como pantalla de proyección y a la vez como metabolizadora. Es ella la que soporta los estallidos pasionales del niño y la que, cuando lo que Bion define como “rêverie”, funciona, le otorga a cambio posibilidades representacionales. Creación de espacios que permiten ir diferenciando un adentro y un afuera”*.³

Gracias a esta síntesis lograda por Janin, podemos sentirnos en mejores condiciones de leer las sugerencias y detalles condensados en la escritura de Freud. Puesto que, como vimos anteriormente, de estos primeros momentos inaugurales, el aparato psíquico irá haciendo suyo un importante distingo: *“Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo”*⁴. Aclaremos que, aunque para algunos caiga de suyo, este hecho no resulta de un suceso aislado, ni algo inaugurado e inscripto de una sola vez por algún hecho fortuito. Se trata de un largo proceso, que debe ser repetido para que su posibilidad de inscripción en el aparato tenga lugar. Permite asimismo, que el propio psiquismo ejercite poco a poco lo ganado en complejización.

Con auxilio y en compañía, esta primera distinción de una adentro y un afuera, podrá ser ejercitada por el psiquismo del pequeño. Ahora como bien recordábamos, en estos momentos de constitución psíquica el gobierno de los impulsos se encuentra regulado por dos principios que se entienden entre sí: el principio de placer-displacer y el principio de constancia. Es decir, en un sentido económico, el aparato dará trámite a las magnitudes de estímulo, librándose de lo que es causa de displacer, expulsándolo fuera, e irá introyectando y asiéndose de los objetos que son fuente de placer. Lo displacentero se presentará entonces al aparato como exterior, ajeno y, por lo tanto, se le imputará la cualidad de hostil. *“Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca objetiva, se muda en un yo-placer purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro”*⁵. Aquí el auxilio materno asistirá, tomará a su cargo lo que el propio psiquismo del niño no puede de momento tramitar, es decir, los volúmenes excesivos. Sobre este último punto, otro problema económico

³ Janin, B.: (2003) Patologías Graves. En *Cuestiones de Infancia – Vol. 3. Buenos Aires, 2003.*

⁴ Freud, S.: (1895) Proyecto de Psicología para Neurólogos, Pág. 363. En *Obras Completas Vol. I. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.*

⁵ Freud S.: (1914) Pulsiones y Destinos de Pulsión, Pág. 130. En *Obras Completas Vol. XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.*

sale a nuestro paso. Para nuestra suerte, Freud como si se contestara a sí mismo, en una nota al pie del mismo texto en páginas anteriores, aporta un dato de suma relevancia: “[...] *la cualidad placentera o displacentera de un estado puede ser relativa a la característica temporal (o ritmo) de los cambios en la cantidad de la excitación presente*”⁶. Asistir al pequeño en esta tarea, implica que el otro materno se encuentre ahí, disponible para recibir las magnitudes que exceden las posibilidades de respuesta del psiquismo infantil. Implica un movimiento de expulsión de lo excesivo, que el aparato psíquico de la madre recibe, en tanto aparato dosificador. Un ritmo se instala progresivamente, ofreciendo el mundo en pequeñas dosis, tolerables y coherentes con las posibilidades de inscripción del psiquismo del niño. Dicho de otra manera por Janin, “[...] *la metabolización de lo vivido requiere de otro que ya lo haya “digerido” y que pueda transformar puras sensaciones en percepciones.*”⁷.

En otro texto puede verse, si buscamos con cierto detalle una nota al pie en Freud, en la que se debate hasta qué punto se sostiene en el aparto el primado del principio de placer, pues lo que proviene del mundo exterior debiera comenzar a inscribirse. “...*Con razón se objetará que una organización así, esclava del principio de placer y que descuida la realidad objetiva del mundo exterior, no podría mantenerse en vida ni por un instante, de suerte que ni siquiera habría podido generarse. Sin embargo, el uso de una ficción de esta índole se justifica por la observación de que el lactante, con tal que le agreguemos el cuidado materno, realiza casi ese sistema psíquico. Es probable que alucine el cumplimiento de sus necesidades interiores; denuncia su displacer, a raíz de un acrecentamiento de estímulo y una falta de satisfacción, mediante la descarga motriz del berreo y pataleo, y tras eso vivencia la satisfacción alucinada. Más tarde, el niño aprende a usar estas exteriorizaciones de descarga como medio de expresión deliberada. Y puesto que el cuidado que se brinda al lactante es el modelo de la posterior providencia ejercida sobre el niño, el imperio del principio de placer sólo llega a su término, en verdad, con el pleno desasimiento respecto de los progenitores*”.⁸ Nota de importantísimo valor para nosotros. Porque nos ofrece la posibilidad de pensar que el mismo Freud, aunque pasándolo demasiado rápido, entiende que hay un otro sosteniendo la situación⁹.

⁶ *Ibíd.* Pág. 117.

⁷ Janin B. (2013): *Intervenciones Estructurantes*, Pág. 91. En *Intervenciones en la Clínica Psicoanalítica con Niños*. Buenos Aires, Noveduc, 2013.

⁸ Freud S. (1911): *Formulaciones Sobre los dos Principios del Acaecer Psíquico*, Pág. 225. En *Obras Completas Vol. XII*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

⁹ Winnicott se toma el trabajo de revisar en detalle dicha nota, “*Las palabras “siempre y cuando se incluya con él el cuidado que recibe de la madre”, tienen una gran importancia en el contexto de este estudio. El infante y el cuidado materno, juntos, forman una unidad*”: *La Teoría de la Relación entre Progenitores-Infante* (1960). En *Los procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador* (1965), Pág. 50. Buenos Aires, Paidós, 2011.

Aproximándonos más, dicha nota quizás nos arrima a otra cuestión: El otro auxiliador, el otro materno o un sustituto, sostiene la posibilidad del bebé de alucinar aquello que desea atraer sobre sí, instalando la ficción, de que es el propio niño que se auto-proporciona el objeto de placer, de ahí también que reconozcamos como autoerótico dicho estado. Con tal que le agreguemos el cuidado materno diríamos, esta creencia en el bebé, y el primado del principio de placer, pueden acontecer sin mayores obstáculos. También de importante consideración, es que el bebé podrá hacer uso de su motricidad, mostrando descontento, insatisfacción, sólo si el cuidado materno progresivamente comienza a fallar. Por supuesto, no porque ese cuidado sea defectuoso, sino porque ya no es perfecto y a la medida justa respecto a la creencia omnipotente del pequeño, de que es él mismo el que crea y se proporciona el objeto de su satisfacción. Nuevamente, comienza a fallar, porque el niño ahora se encuentra próximo a tener que vérselas con los momentos de ausencia, es decir cuando la satisfacción ya no es proporcionada de inmediato.

Un último elemento no puede ser pasado por alto, que en este mismísimo texto Freud ya tenía figurado: la serie de posicionamientos, de lugares que el otro vendrá a ocupar en la constitución del aparato psíquico. *“Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo...un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, aprende el ser humano a discernir”*¹⁰. Casi treinta años después, encontramos la misma idea, sin mayores modificaciones: *“En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo...”*¹¹. Retengamos estas consideraciones pues, nos vendrán de mucha ayuda en la tarea rastrear la forma en que Freud dedica diversos escritos a pensar uno a uno estos posicionamientos.

Poco a poco hemos ido rastreando y precisando el lugar del otro en los primeros tiempos de la constitución subjetiva infantil. A remolque diríamos, de contemplar y dar satisfacción a las necesidades autoconservativas otras vías se crean, el camino a la satisfacción sexual, *“ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales...”*¹². Ahora el aparato psíquico se encuentra pronto a ejercitar ese recorrido, debido a que ya cuenta con huellas mnémicas de esas primerísimas vivencias de satisfacción inauguradas junto con el auxilio materno.

¹⁰ Freud S. (1895): Proyecto de Psicología para Neurólogos, Pág. 376. En *Obras Completas Vol. I*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

¹¹ Freud S. (1920): Psicología de las Masas y Análisis del Yo, Pág. 67. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

¹² Freud S. (1914): Introducción Al Narcisismo, Pág. 84. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

Una nueva acción psíquica: Narcisismo primario, el otro como modelo y su función ligadora

Avanzando, recordemos aquella mención dejada por Freud acerca de la función del otro en tanto modelo. Al hacerlo, deberemos introducirnos ahora en el terreno del narcisismo. Tomemos entonces uno de sus interrogantes, *“¿Qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo, que hemos descrito como estado temprano de la libido?”*¹³. Enseguida Freud esboza una primera respuesta, *“Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya”*¹⁴.

¿Qué aporta este concepto y qué nos aporta si de constitución subjetiva hablamos? No resulta casualidad que ahora en el terreno del narcisismo, Freud traiga a colación la pregunta sobre el yo. Pensemos al narcisismo como estado intermedio también, pues en el camino de evolución de la libido, toma la posta al autoerotismo, en una especie de primera y precaria unificación de las pulsiones, pero no sólo eso. Decimos primera y precaria unificación de las pulsiones, pues, narcisismo mediante, se unifican y recaen sobre el sujeto ahora tomado como objeto. De ahí también, que resulte apropiado considerar al narcisismo en su función ligadora, en tanto posibilita el primer esbozo de un yo. Lo interesante es que para llegar a tal conclusión, Freud recorre las afecciones hipocondríacas, la demencia precoz y la paranoia, todas formaciones psicopatológicas que tienen como protagonista al yo. Cada una con particularidades propias, pero compartiendo algo en común: la libido antes colocada en objetos, en el mundo exterior, ahora recae sobre el yo. La diferencia, por lo menos visible hasta acá, es que se trata de una formación defensiva, que vuelve a tomar el camino dejado por el narcisismo primario, constitutivo y no patológico.

Volviendo al tema que nos ocupa, nos dice Freud, una nueva acción psíquica tiene que agregarse. Se trata pues del narcisismo, nueva acción psíquica, para que el yo se constituya. Hay un cierto incremento de investidura en el interior del aparato, un incremento que no es sentido como displacer, se trata de un movimiento que permite tomar al yo en ciernes, como objeto de investidura. Las mociones pulsionales se unifican para tomar al yo como objeto, movimiento que al investirlo, lo consolidan. Sin embargo, un proceso de tales características e importantes consecuencias, no se desarrolla en solitario.

¹³ *Ibíd.*, Pág. 74.

¹⁴ *Ibíd.*

¿Qué papel juega el otro en esta peripecia? Ensayemos algún intento de respuesta. Pensemos de momento que, la llegada del niño al mundo, activa, despabila frecuentemente, el narcisismo propio de los padres, otorgándole un plus al pequeño. Un plus que tiene que ver con un monto de investidura, ahora cedido al hijo. Una franca y genuina inversión de libido, recae sobre él, objeto de todos los cumplidos y gratificaciones etc. Freud, muy elocuente al respecto, dirá: *“Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y núcleo de la creación”*¹⁵. Por ejemplo, podría ocurrir, que el narcisismo materno, por razones que por el momento no ahondaremos, arrime quizás al niño de un modo tal, que lleve a adosarlo como objeto exclusivo de su patrimonio. A la manera de un cuerpo que le pertenece, y así probablemente, cumplir con la fantasía de completud y perfección, tan añorada y nunca del todo abandonada.

Deteniéndonos en los procesos de constitución no demasiado marcados por cuestiones patológicas, creeríamos se trata de una cesión de libido. En esta compleja tarea de narcisizar al pequeño, el otro materno necesita para tal fin toda la fuerza del narcisismo propio, que ahora relega a otro cuerpo, que perteneció y se gestó mediante y a través del suyo. Un proceso tan particular, que sólo la madre diríamos puede conocer, extrae la fuerza para dicha inversión, destinada y cedida a la vida del recién llegado. Tratándose pues, de un narcisismo trasvasante al decir de Silvia Bleichmar: *“Esto hace que el niño sea, a su vez, vale decir, fantasmaticable, del lado de la madre. Ser pensado por el otro es condición de la vida en su persistencia. Ser amado y ser pensado implica una no apoderación del cuerpo por parte del otro: el cuerpo propio sólo llega a ser propio en razón de que alguien, generosamente, ha cedido una propiedad sobre una parte de sí mismo que deviene ajena. De esto hablamos cuando decimos “narcisismo trasvasante” de la madre, un narcisismo que no se agota en la madre misma, ni en el otro concebido simplemente como metonimia carnal del cuerpo propio”*¹⁶.

Entonces, más que tratarse de un estado al que arriba el niño, el narcisismo se trata de una adquisición, de un logro en complejización psíquica, razón por la cual necesita de un plus como dijimos anteriormente, para desarrollarse. Da cuenta, de un proceso muy particular, requiere para su despliegue, de ese plus (a la manera de un baño libidinal), provisto por el narcisismo parental. Narcisismo apuntalante, ligador. Freud lo comprueba al decirnos que, *“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado. La sobreestimación,*

¹⁵ *Ibíd.* Pág. 88.

¹⁶ Bleichmar S. (1993): Primeras Inscripciones, primeras ligazones, pág. 12. En *La Fundación de lo Inconsciente*; Paidós, Buenos Aires, 2009.

marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo”¹⁷. Razón suficiente para ocuparnos en lo que sigue del yo.

¹⁷Freud S. (1914): Introducción Al Narcisismo, Pág. 87. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

Principio de una historia: El yo, sus experiencias con lo exterior, el otro como soporte

Si seguimos la ilación de pensamientos, reflexionar sobre la constitución del yo es nuestra próxima empresa. Para comenzar a hacerlo, Donald Winnicott vuelve a orientarnos suspicazmente. *“La primera pregunta sobre el denominado yo es la siguiente: ¿existe un yo desde el principio? La respuesta es que el principio está en el momento en que empieza el yo”*¹⁸. Si hemos de hablar del yo, es porque han ocurrido ciertas cuestiones. A saber: la reflexión sobre el narcisismo, pudo traer a consideración, en tanto nuevo acto psíquico, instalado como motor para la progresiva complejización del psiquismo infantil. Su fuerza impone al psiquismo, creación de nuevas posibilidades de tramitación psíquica, creación de un primer esbozo del yo. Ya dijimos que el narcisismo parental, jugaba aquí un papel indiscutible.

La idea de un primer esbozo del yo, corre pareja a otra que es, la de una primera y precaria unificación. Y si decimos precaria, no es por resultar débil o por carecer de consistencia, sino porque es un proceso que debe ser sostenido y acompañado. Exploremos esto más en detalle. Winnicott pensará que *“...el funcionamiento del yo debe considerarse un concepto inseparable de la existencia del infante como persona. La vida instintiva que exista al margen del funcionamiento del yo puede ignorarse, porque el infante no es todavía una unidad que tenga experiencias”*¹⁹. Entonces si hay un principio, empieza el yo, existiendo y por tanto con la posibilidad de tener experiencias. ¿Experiencia con qué? Con todo aquello exterior a sí, es decir, trabar relaciones, tener experiencias con un cuerpo que se presenta como exterior, pronto a ser habitable, con el mundo de los otros (yoes), y con ese otro mundo que es su propia interioridad, pulsional.

Sobre esta línea, afín al planteo winnicotiano, Piera Aulagnier nos ofrece una de sus concepciones acerca del yo. *“El Yo no es más que el saber que el Yo puede tener acerca del Yo...el Yo está formado por el conjunto de los enunciados que hacen “decible” la relación de la psique con los objetos del mundo por ella catectizados y que asumen el valor de referencias identificatorias...”*²⁰. Objetos que importan, que serán tomados en tanto soportes de investidura y soportes identificatorios. El yo, se encontrará pronto a encontrar esos objetos para constituirse, para complejizarse, en fin para desarrollarse. Dichos procesos como dijimos, requieren ser sostenidos y acompañados. Lo que no quiere decir que, el yo del infans se modele gracias a elementos que provienen de afuera, más bien se trata de tomar en préstamo

¹⁸ Winnicott D.W. (1965): La Integración del Yo en el Desarrollo del Niño, Pág. 74. En *Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador*, Paidós, Buenos Aires, 2011.

¹⁹ *Ibíd.*, Pág. 73.

²⁰ Aulagnier P. (1975): El Espacio al que el Yo puede Advenir, Pág. 147. En *La violencia de la interpretación: Del Pictograma al Enunciado*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

un recorrido facilitado y ofrecido por el otro humano, para ejercitar potencialidades y realizar creaciones.

No tan alejadas a las consideraciones que venimos tratando, en Freud encontramos al yo como instancia que tiene a su cargo, al menos dos importantes tareas. Por una parte, en él recae la decisión de dar acceso o no a la motilidad, abriendo camino y facilitando el cumplimiento de una moción pulsional, o bien inhibiendo su decurso. Y otra tarea, *“Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión”*²¹. Percepciones internas y externas lo pondrán en contacto con el mundo exterior, y con ese otro exterior pulsional, que es el ello. De una manera especial, para Freud, el cuerpo cumple esa doble función: *“...El cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas”. ...“También el dolor puede desempeñar un papel en esto, y el modo en que a raíz de enfermedades dolorosas uno adquiere nueva noticia de sus órganos es quizás el arquetípico del modo en que uno llega en general a la representación de su cuerpo propio”*²². Todas estas ideas, nos conducen a tratar de entender la metafórica referencia freudiana: *“El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie”*²³.

Asociando un poco, pensemos en la piel, órgano complejo si lo hay. La piel se nos presenta, y viene a representar quizás, ese doble contacto, pues permite, debido a su especial sensibilidad, la comunicación con el mundo exterior, con aquello que nos rodea. Pero, asimismo, guarda especial conexión con las percepciones que vienen del interior de nuestro cuerpo. Nos preguntamos ¿Acaso sea ese órgano que nos certifica de manera patente, cuándo un estímulo se torna placentero y cuándo en ocasiones lastima? Es la piel, la que nos acompaña a sentir sensaciones altamente complejas que provienen de nuestra interioridad. Valga para el caso, la referencia y poética apreciación de Paul Valery al decir que, *lo más profundo es la piel*.

Estas experiencias que irá ejercitando el yo, serán constantemente acompañadas por el otro materno, quien apuntala con su propio yo, ofreciendo un circuito ya consolidado, en funcionamiento. Ideas y apreciaciones, que sólo con sus propias palabras puede resumir Silvia Bleichmar, al decir que *“...un “yo auxiliar materno”, el cual no sólo provee los recursos para la vida sino que inscribe, de inicio, estos recursos en su potencialidad de “pulsión de vida”, es decir, de ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la*

²¹Freud S. (1923): El Yo y el Ello, Pág. 27. En *Obras Completas Vol. XIX.*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

²² Ibíd.

²³ Ibíd.

descarga"²⁴. En fin, desde esta perspectiva, entendemos al yo apuntalado de otro-yo-apuntalante para su despliegue. Indispensable apuntalamiento, y necesario para ejercitar circuitos de tramitación de las excitaciones, que sólo luego podrán devenir en inscripciones de recorridos libidinales. Como vemos, todas tareas que se le presentan a este yo como efecto de su encuentro con el mundo.

²⁴ Bleichmar S. (1993): Primeras Inscripciones, primeras ligazones, pág. 49. En *La Fundación de lo Inconsciente*; Paidós, Buenos Aires, 2009.

Un aparato psíquico pronto a ser poblado: el otro dejando huellas de su impronta

Pensamos un yo existente, ejercitando sus contactos, sus dependencias, como suele decirse sus vasallajes, negociando, y teniendo que habérselas con lo que proviene del mundo exterior, pues un contacto de tales características fue necesario para su desarrollo y conformación, aunque nunca del todo acabado. Se presenta una tarea que, se suma o viene a complejizar las negociaciones que el yo deberá asumir, proveniente del vínculo con esos otros que dejaron marca. Dando por sentado las peripecias propias del complejo de Edipo, proceso que impone al individuo relaciones intensas, harto pasionales, de suma importancia, con esos objetos próximos y atentos a las necesidades autoconservativas, pero asimismo, objetos de investimento libidinal, objetos de amor.

Lo que ahora tratamos, da cuenta de una instancia formada siguiendo el prototipo parental, nos ocuparemos entonces del superyó. Nos lo cuenta Freud, al decir que: *"...es la entidad más alta, el ideal del yo o superyó, la agencia representante de nuestro vínculo parental. Cuando niños pequeños, esas entidades superiores nos eran notorias y familiares, las admirábamos y temíamos; más tarde, las acogimos en el interior de nosotros mismos"*²⁵. Quizás aquí nos sigue la idea de que, Edipo mediante, el niño debió resignar los objetos parentales como objetos amorosos, en tanto propicios para la satisfacción libidinal/sexual. El atravesamiento del complejo de Edipo implica, resignar esos objetos iniciales e indispensables, para poder acogerlos de otra manera en el propio psiquismo. En su compleja conformación, el superyó será entendido como, *"el subrogado tanto del ello como del mundo exterior. Debe su génesis a que los primeros objetos de las mociones libidinosas del ello, la pareja parental, fueron introyectados en el yo, a raíz de lo cual el vínculo con ellos fue desexualizado, experimentó un desvío de las metas sexuales directas. Sólo de esta manera se possibilitó la superación del complejo de Edipo"*²⁶. Podemos decir, que fueron incorporados y relegados como objetos sexuales para ser albergados en el aparato como identificaciones, siguiendo el prototipo del superyó parental. Precizando un poco, en esta compleja instancia llamada superyó tenemos la marca y la presencia del otro, pero aquí lo interesante: Se tratará de la incorporación de aquellos vínculos que esos otros parentales en su propia conformación subjetiva tuvieron en relación a las regulaciones y restricciones con lo permitido y lo prohibido, en tanto sujetos a una legalidad que permite y habilita, pero que también restringe. De ahí la posibilidad de entender la introyección de dicha instancia siguiendo el prototipo del superyó parental.

²⁵ Freud S. (1923): El Yo y el Ello, Pág. 37. En *Obras Completas Vol. XIX.*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

²⁶ Freud S. (1924): El Problema Económico del Masoquismo, Pág. 172. En *Obras Completas Vol. XIX.* Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

Nada menor es el dato que aporta Freud cuando se plantea a propósito de la génesis del Superyó “... es el resultado de dos factores de suma importancia, uno biológico y el otro histórico: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia...”²⁷. Pues el ser humano para devenir tal, necesita, y le es indispensable, para su supervivencia y su crecimiento en todos los sentidos, del otro humano. Una instancia de tales características, representa, y guarda consigo la historia de un vínculo, aquel que el propio sujeto tuvo con sus progenitores. Y lo que resulta aún más importante, lo que esos mismos progenitores transmitieron al hijo –sin plena conciencia de ello– respecto de su vínculo con esa instancia interna, por el sólo hecho de ser sujetos hablantes, deseantes.

²⁷ Freud S. (1923): El Yo y el Ello, Pág. 36, nota al pie 16. En *Obras Completas Vol. XIX*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

PIERA AULAGNIER

La psique y lo suyo por excelencia: Su actividad de representar y metabolizar

Podemos ahora, comenzar a abordar otra serie de conceptos que podrán sernos útiles a los fines de interrogar el papel del otro en la constitución subjetiva. Por este camino es que Piera Aulagnier se nos presenta como una importante pensadora sobre los primeros tiempos, esos tiempos inaugurales del psiquismo. De interés para nosotros, pues incluye a la reflexión, el vínculo de la psique con todo aquello que se presenta como exterior a ella, exterior que se le impone exigiendo algún tipo de tramitación.

Ahora bien, al decir que lo exterior a la psique exige alguna tramitación, comenzamos a decir que hay una cierta actividad propia de la psique y fundamental, la actividad de representación. Entendiéndola como “...*el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica*”²⁸. El trabajo de metabolización que la psique realizará entonces, tendrá que ver con incorporar dentro de sí, en su sistema, un material exógeno, heterogéneo, y por ello, exterior, ajeno.

Aulagnier refiere que lo más propio de la psique, lo suyo por excelencia, es la actividad de representación, el trabajo de metabolización psíquica que arriba mencionábamos. Junto con dicha actividad, dirá que “...*todo acto de representación es coextenso con un acto de catectización, y que todo acto de catectización se origina en la tendencia característica de la psique de preservar o reencontrar una experiencia de placer*”²⁹. Importantísima mención, pues, tener que representar lleva consigo, tener que catectizar. Esta afirmación lleva implícito si se quiere, la posibilidad de pensar un requisito necesario, para que la actividad de la psique sea un hecho, es decir, garantizando vida psíquica. La existencia de un “... *placer mínimo necesario para que exista una actividad de representación y representantes psíquicos del mundo*...”³⁰.

Una pregunta que se desprende enseguida, ¿Qué sucede con el displacer? Aulagnier para nada descuida el displacer, afecto que corre parejo junto al placer, par de opuestos que gobiernan de manera exclusiva los primeros momentos de constitución del psiquismo. Entonces, refiriéndose a ellos dirá que, “...*a las dos representaciones del afecto que pueden producirse en el espacio psíquico: el placer designa el afecto presente en toda ocasión en que la representación da forma a una relación de placer entre los elementos de lo representado y, por ello mismo, representa una relación de placer entre representante y representación; el*

²⁸ Aulagnier P. (1975): La Actividad de Representación, sus Objetos y sus Metas. En *La Violencia de la Interpretación: Del Pictograma al Enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

²⁹ *Ibíd.* Pág. 28.

³⁰ *Ibíd.*

*displacer designará el estado presente en toda ocasión en que la representación da forma a una relación de rechazo entre estos mismos elementos, y, así, a una relación equivalente entre el representante y la representación”*³¹. Este fragmento nos propone pensar una de las ideas quizás más fuertes de la autora. Una idea que trasciende las clásicas referencias al placer; ora resultado de una satisfacción obtenida, ora efecto resultante de una merma de tensión de estímulo; todas referencias a cuestiones económicas del psiquismo.

Sin oponerse y desestimar aquellas menciones, Aulagnier plantea la importancia de una relación que, se representará en tanto vínculo que une a la psique que representa y al elemento representado por ella. El vínculo llevará, o conducirá a un afecto de placer, como consecuencia de la atracción entre elementos, que se imantan, se atraen, el resultado de ello es una experiencia de placer que, en lo sucesivo sentará las bases de tantas otras que vendrán. Lo opuesto será entonces, un *displacer* experimentado toda vez que la relación entre representante y representado sea una relación de rechazo. El resultado será más bien el de una actividad de representación que desvincule, que quite fuera de sí, expulsando, rechazando el elemento representado. Trágica consecuencia, pues implica el cese de la actividad misma, debido a que en este contexto, actividad de representación y elemento a representar son indisolubles: *“La psique y el mundo se encuentran y nacen uno con otro, uno a través del otro; son el resultado de un estado de encuentro...”*³².

Así es que llegamos a otro término indispensable para aproximarnos al pensamiento de Aulagnier. Decíamos anteriormente que, la psique irá encontrando sucesivamente elementos ajenos a ella, exteriores a sí, que podrán englobarse bajo el término “mundo”, prontos a ser representados, metabolizados, catectizados, en función de la cualidad de placer o *displacer* presente en ese encuentro. En un primer momento la psique encontrará *“...bajo la forma de los dos fragmentos particularísimos representados por su propio espacio corporal y el espacio psíquico de los que lo rodean, en forma más privilegiada, por el espacio psíquico materno”*³³.

Con lo que venimos revisando de la autora, podríamos inventariar el recorrido hecho hasta acá. En lo sucesivo, hablaremos de psique, toda vez que mencionemos unas actividades que les son propias, la de representar y catectizar. Lo suyo por excelencia, pues con ellas, la psique podrá tomar conocimiento, metabolizar y hacerse de un mundo, un espacio exterior, objetos, información, que le son heterogéneos hasta ese momento. Estas experiencias de contacto psique-mundo, tendrá para la autora, el nombre de estado de encuentro. En consecuencia, el vínculo que psique y mundo entablarán, gestará la representación entre sí,

³¹ *Ibíd.* Pág. 29.

³² *Ibíd.* Pág. 30.

³³ *Ibíd.* Pág. 31.

siendo un vínculo que une y convoca, que sella una experiencia de placer, una especie de imantación recíproca. Por el contrario, si en dicha experiencia prima el displacer, confirmará y sellará más bien, una relación tendiente al rechazo, a la descatectización y anulación o cese de la propia actividad de representar propia de la psique.

Un punto que merece ser destacado, es el efecto de anticipación en el encuentro de la psique con todo aquello exterior a sí. Para Aulagnier, se trata de una anticipación que se muestra, se verifica en la serie de excesos que caracteriza la vida de todo ser humano, al *“...confrontarlo con una experiencia, un discurso, una realidad que se anticipan, por lo general, a sus posibilidades de respuesta... Cuanto más retrocedemos en su historia, mayores caracteres de exceso presenta esta anticipación: exceso de sentido, exceso de excitación, exceso de frustración, pero también exceso de gratificación o exceso de protección...”*³⁴.

Exceso que, se vuelve lícito y necesario, en este primer momento de constitución, pues hay un aparato psíquico ya constituido, el de la madre, que se presenta ante la psique del infans como el agente que con sus actos y palabras se anticipa a toda posibilidad de respuesta. Dicho fenómeno, lo entenderemos en adelante como *“...una violencia primaria, que designa lo que en el campo psíquico se impone desde el exterior a expensas de una primera violación de un espacio, y de una actividad que obedece a leyes heterogéneas al Yo...”*³⁵. Diferenciándose radicalmente de otra, *“...una violencia secundaria, que se abre camino apoyándose en su predecesora, de la que representa un exceso por lo general perjudicial y nunca necesario para el funcionamiento del Yo...”*³⁶. Una y otra se diferencian pues, la primera si justifica su violencia, lícita y necesaria, es porque se encuentra al servicio de la constitución del yo del infans. En cambio, si de violencia secundaria hablamos, nos encontraremos frente a un movimiento que se sirve del modelo de su predecesor, pero para ejercer una violencia que excede en mucho los límites de lo necesario y lícito, pues toma al yo del infans como objeto para otros fines.

Continuando, se instala así el ejercicio de una violencia primaria de una psique sobre otra: desfasaje, anticipación y exceso; marcas esenciales de la presencia del otro materno. Todos estos elementos aquí considerados, nos sirven para llegar a entender a qué se refiere Aulagnier con otro concepto, la función de prótesis de la psique materna: *“La entrada en acción de la psique requiere como condición que al trabajo de la psique del infans se le añada la función de prótesis de la psique de la madre, prótesis que consideramos comparable a la del pecho, en cuanto extensión del cuerpo propio, debido a que se trata de un objeto cuya unión con la boca es una necesidad vital, pero también porque ese objeto dispensa un placer*

³⁴ Ibíd. Pág. 32.

³⁵ Ibíd. Pág. 34.

³⁶ Ibíd.

erógeno, necesidad vital para el funcionamiento psíquico"³⁷. Se conjugan en ese encuentro, que es una necesidad vital, en esa unión boca-pecho; el ejercicio de una zona erógena que produce placer, que en sus primeros sorbos de leche, el bebé traga un primer sorbo del mundo, *"...el aporte alimentario se acompañará siempre con la absorción de un alimento psíquico que la madre interpretará como absorción de una oferta de sentido"*³⁸. Cuánto nos recuerdan estas frases a la primera comida teórica en la que Winnicott metaforiza el encuentro inaugural, entre el bebé que toma de un pecho que es al tiempo que producto de su propia creación, un verdadero ofrecimiento materno.

Debemos dejar en claro alguna cuestión antes de avanzar. De este encuentro, si se quiere, paradigmático, entre boca y pecho, Aulagnier ilustrará aquello que sucede en el terreno de lo psíquico. Este fenómeno aquí considerado, nos otorga el ejemplo de lo que la autora llamará "objeto-zona complementario", *"...la representación primordial mediante la cual la psique pone en escena toda experiencia de encuentro entre ella y el mundo"*³⁹. La propiedad de complementariedad, la podremos pensar si pensamos que, en los primeros tiempos de constitución, psique y mundo son indiscernibles uno del otro, gracias al poder de autoengendramiento de la psique, se crea así *"...la ilusión de que toda zona autoengendra el objeto adecuado a ella, determina que el displacer originado en la ausencia del objeto o en su inadecuación, por exceso o por defecto, se presentará como ausencia, exceso o defecto de la zona misma"*⁴⁰. Por estas mismas razones es lícito pensar que la inadecuación del objeto, sea representado por la actividad psíquica como automutilación de la zona misma.

³⁷ *Ibíd.* Pág. 38.

³⁸ *Ibíd.* Pág. 39.

³⁹ *Ibíd.* Pág. 54.

⁴⁰ *Ibíd.* Pág. 55.

Función de portavoz – función de prótesis

Acercándose al infans no sólo a través del contacto corporal, de los cuidados vitales, la madre se presentará ante el niño en tanto portavoz. *“Este término define la función reservada al discurso de la madre en la estructuración de la psique: portavoz en el sentido literal del término, puesto que desde su llegada al mundo el infans, a través de su voz, es llevado por un discurso que, en forma sucesiva, comenta, predice, acuna al conjunto de sus manifestaciones; portavoz también, en el sentido de delegado, de representante de un orden exterior cuyas leyes y exigencias ese discurso enuncia”*⁴¹. Portavoz al menos en dos sentidos: La madre con su presencia acompañará al conjunto de manifestaciones del niño, y será asimismo representante de lo exterior a ella misma, esto es, representante del conjunto de leyes y exigencias a las cuales se encuentra sometida como sujeto hablante, participante de un entramado social.

Vemos aquí, la manera en cómo se incluye en el término *portavoz*, la historia de la serie de vicisitudes que un sujeto, la madre, fue atravesando en su trayecto subjetivo. Y que, aun sin darse demasiada cuenta, transmitirá ineludiblemente, a ese recién llegado que llamará hijo.

Habíamos mencionado y rescatado, la función de prótesis de la psique materna respecto de la psique del niño. Esta función de prótesis, es reservada a la función del yo materno. Retomando lo anterior, entendíamos que del lado de la madre, nos encontrábamos con un aparato psíquico ya constituido. Lo que siendo más precisos, quiere decir atravesado por la represión, y dando por sentada la existencia de un yo. Hay pues, para que la psique del infans pueda representar y metabolizar los objetos, algo más. Se requiere *“...que hayan sido marcados, de un modo u otro, por la actividad de la psique materna. Esta le otorga índice libidinal y, de ese modo, una jerarquía de objeto psíquico...”*⁴². El otro materno se presenta ante el infans, primeramente en su afán de cumplimentar las necesidades autoconservativas, pero no obstante, a remolque implanta e instituye tensiones del orden sexual. Ambas tensiones en los inicios pueden ser satisfechas, sin entrar en contradicciones, tal como Freud lo mencionaba, corren parejas sin obstaculizarse. Ese plus que trae siempre lo sexual al individuo, proviene del encuentro de un humano con ese otro que también es humano, y que al dar resolución a tensiones biológicas, crea tensiones que deberán resolverse por otras vías. Ahí es donde el orden de lo psíquico entra en plena vigencia, la sexualidad humana entonces, viene a implantar potencialidades en el psiquismo de quien se está constituyendo. Silvia Bleichmar nos ayuda a sintetizar esta doble función materna, *“Sea como instituyente de la sexualidad o como propiciante de las ligazones capaces de producir derivados; en ello reside la paradoja que*

⁴¹ *Ibíd.*, Cáp. El Espacio al que el Yo puede Advenir.

⁴² *Ibíd.* Pág. 114.

inaugura la madre al introducir, en el momento de alivio mismo de las tensiones biológicas, otras tensiones, del orden sexual, no resolubles ya por medios simplemente físico-químicos, quedando estas abiertas a todos tipo de simbolizaciones, constituyéndose en “motor del progreso psíquico”⁴³.

Volviendo a Aulagnier, trataremos de pensar qué clase de cosas transmite esta realidad ya modelada por la psique materna ofrecida ahora al infans. Previa a toda llegada al mundo, hay un cierto discurso que se le dirige al infans, que habla de él. Este discurso que le preexiste, no sólo lo anticipa, lo piensa, lo desea, lo anhela, también, este discurso le requerirá oportunamente, tomar en sí un papel. Dicho papel, se presentará bajo la forma de una *“...especie de sombra hablada, y supuesta por la madre hablante, tan pronto como el infans se encuentre presente, ella se proyectará sobre su cuerpo y ocupará el lugar de aquel al que se dirige el discurso del portavoz”⁴⁴*. Imaginemos algo parecido a un guión. Relato de una historia y transmisión de la misma. Se trata pues, de la historia materna, de sus anhelos, sus deseos y contradicciones, respecto de lo que es ser madre, de las distintas posiciones identificatorias atravesadas como hija, por mencionar algunos elementos relevantes. Todos estos elementos se pondrán en debate y resurgirán con una fuerza inusual al momento del encuentro madre-hijo.

Para entender quizás más, tomemos la nunca suficientemente repetida paradoja *winnicotiana*, pues muchos o casi todos de sus conceptos requieren ser leídos en esos términos. Dicha referencia nos invita a pensar cómo un elemento puede guardar y querer expresar alguna cuestión, y al mismo tiempo, en simultáneo querer decir algo bien distinto. La paradoja trae consigo, la posibilidad de albergar sentidos, que en apariencias son opuestos o contradictorios, la tarea nuestra es acompañarnos de ella, sin intentar resolverla o despejarla.

Hecha la advertencia, vayamos ahora al concepto de *“sombra hablada”*, sobre todo en el punto de lo que se transmite al niño. Pensaremos entonces otro alcance. *“Para el Yo de la madre, esta sombra, este fragmento de su propio discurso, representa lo que, en otra escena, el cuerpo del niño representa para su deseo inconsciente: lo que el objeto imposible y prohibido de ese deseo puede transformarse en decible y lícito. Por ello, se comprueba que está al servicio de la instancia represora.”⁴⁵*. Tamaña tarea la que se le presentará al infans, asumir el lugar que se le proyecta, y ante todo, garantizar y sostener un doble propósito. El niño, dará soporte concreto, despabilará de una manera particularmente intensa la serie de manifestaciones inconsciente en la madre, pondrá en plena vigencia el deseo de la madre sobre

⁴³ Bleichmar S. (1993): Primeras Inscripciones, primeras ligazones, pág. 12. En *La Fundación de lo Inconsciente*; Paidós, Buenos Aires, 2009.

⁴⁴ Aulagnier P. (1975): El Espacio al que el Yo puede Advenir, Pág. 117. En *La Violencia de la Interpretación: Del Pictograma al Enunciado*. Buenos Aires Amorrortu, 2004.

⁴⁵ *Ibíd.* Pág. 121.

este hijo. Cuánto se ha hablado y escrito sobre las particulares características que tiene este deseo materno. Se trata de un deseo referido al lugar que le tocará en suerte al hijo en el fantasma materno. Deseo que se bifurca diríamos, se abre a dos propósitos: Sea cercano a Eros, en su afán ligador, que sostiene la investidura o promueve posibilidades de investimento futuro; sea cercano a los caminos propuestos por Tánantos, atentos al cese de ligazones, por tanto a la cancelación de toda actividad psíquica, promoviendo la premisa de deseo de no deseo. Dijimos hace instantes, un doble propósito. El segundo, de igual importancia, pondrá al infans en un lugar tal, cuyo propósito será el de obstaculizar la irrupción del deseo inconsciente. *“Por ello, el infans, ..., desempeña el papel de una instancia represora en relación con el deseo inconsciente de la madre o, para ser más precisos, se convierte en un apoyo al servicio de sus defensas”* ⁴⁶. Pues el niño, se encuentra en una posición difícil diríamos, tan próximo a convertirse en objeto del deseo inconsciente de la madre, a riesgo de convertirse en objeto de goce sexual, y tan próxima a encarnar la instancia que impide que ese deseo se vuelva un hecho.

⁴⁶ Ibíd. Pág. 123.

DONALD W. WINNICOTT

Si de crecimiento hablamos, se trata de ir juntos⁴⁷

Donald Winnicott supo preocuparse y dedicarse a la infancia. Comenzó en sus inicios desde la pediatría, para luego complejizar dicho estudio con la serie de herramientas conceptuales aportadas por el psicoanálisis. Si se trata de un pensamiento obstinado, inquieto, es el pensamiento de este autor. Supo estar ahí en el medio de los debates, hartos pasionales entre Anna Freud y Melanie Klein. Con el tiempo, con cierta cuota de rebeldía, sin contentarse del todo con los aportes de una y de otra, confiado de sus propias ideas, pudo ofrecer su aporte personal al psicoanálisis con niños.

Hecha esta escueta mención, podemos considerar que Winnicott puede tener cosas para decir en torno al asunto que nos convoca. Sus estudios refieren de entrada dos elementos que por separado no pueden abordarse, incluso para el autor, impensables por separado. El niño y la persona encargada de él, que para comenzar llamaremos madre o algún sustituto.

Distintos artículos son los dedicados a abordar lo que sucede con un niño que nace, viene al mundo y se desarrolla. Winnicott llamará “Desarrollo emocional primitivo”, en sus escritos en torno al desarrollo, la maduración del individuo y el papel del ambiente en dichos procesos. De utilidad para extraer la serie de papeles y funciones del otro, del ambiente, de la madre para la constitución subjetiva de un niño. Lo constante es, que surgen allí, en esos textos, ciertos procesos que suceden, se inician en el infante, facilitados, propiciados o no, por el ambiente. A los fines de una explicación didáctica Winnicott nos presentará un esquema, en el cual niño y madre emprenderán ciertas tareas, ciertos procesos que les tocará a cada uno y juntos. *“Parece posible poner lado a lado esos tres fenómenos del crecimiento del yo con tres aspectos del cuidado del infante y del niño:*

La integración corre pareja con el sostén.

La personalización forma pareja con la manipulación.

Las relaciones objetales forman pareja con la presentación objetal”⁴⁸.

Ahora bien, para desplegar un poco estas consideraciones, podemos entender que en Winnicott, el sostén aportado por el otro materno se circunscribe primeramente, a contener una

⁴⁷ Basándome en la siguiente idea: “No hay una cosa tal como un bebé, queriendo decir que si uno se propone describir un bebé, se encontrará siempre con que debe describir a un bebé y a alguien. Un bebé no puede existir solo, sino que constituye una parte esencial de una relación”. Winnicott D. W. (1947): Nuevas Reflexiones sobre los Bebés como Personas, Pág. 143. En *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires, Hormé, 2007.

⁴⁸ Winnicott D.W. (1965): La Integración del Yo en el Desarrollo del niño (1962), pág. 78. En *Los procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador: Estudios para una Teoría del Desarrollo Emocional*. Buenos Aires, Paidós 2011.

angustia inconcebible/inimaginable del bebé, propia del estado de extrema indefensión, de dependencia absoluta, de ser básicamente un recién llegado al mundo. *“Lo que mantiene a raya esa angustia inconcebible es la función de la madre vitalmente importante en esta etapa: su capacidad de ponerse en el lugar del bebé, y darse cuenta de lo que éste necesita en el manejo general de cuerpo, y por lo tanto, de la persona”*⁴⁹. Disposición materna que permite y posibilita entonces, abriendo paso, al progresivo proceso de integración en el bebé, *“La integración en el tiempo se suma a lo que podríamos denominar integración en el espacio”*. Y agrega en párrafos siguientes que *“...le permite a la nueva persona humana erigir una personalidad sobre la base de la pauta de una continuidad del “seguir siendo”*⁵⁰. La importancia de la función de sostén, reside en que, hay otro que posibilita, que permite tener la experiencia de no-integración en el bebé, de ahí que pueda ejercitarla. En el pequeño ello sucede, cuando no hay necesidad de integrarse, cuando hay relajación y la situación sólo le permite extraer beneficios, porque el yo auxiliar de la madre sostiene y habilita.

Un problema que surge de la no-integración, es el que resulta al tratar de compararla con el fenómeno de la disociación. Pensemos en estos términos: el bebé es uno en estados de tranquilidad, y otro bien distinto en estados de excitación. Por supuesto, de ello él no se ha percatado todavía, debido a que en estas fases iniciales no es aún una persona completa. Ocurre que. *“...no sabe que la madre que él mismo está edificando a través de sus experiencias tranquilas es lo mismo que la potencia que se halla detrás de los pechos que pretende destruir”*⁵¹.

Ahora bien, veamos qué sucede con el proceso de *“personalización”* para Winnicott. Sobre este término entenderemos a la posibilidad del yo de alojarse, de habitar en el cuerpo, *“la persona del bebé empieza a estar vinculada con el cuerpo y las funciones corporales, con la piel como membrana limitadora”*⁵². La asistencia externa, irá acompañando, dando cuenta que, *“aquí es la experiencia instintiva y las repetidas y tranquilas experiencias del cuidado corporal lo que gradualmente va construyendo lo que podríamos llamar “personalización satisfactoria”*⁵³. El proceso opuesto la despersonalización, en sus distintas variables patológicas evidencia pues, el quiebre del yo con el cuerpo, un yo ahora que desconoce las vinculaciones con la realidad externa, así como también se extraña de los impulsos del ello.

⁴⁹ *Ibíd.* Pág. 75.

⁵⁰ *Ibíd.*, Pág. 79.

⁵¹ Winnicott D. W. (1979): Desarrollo Emocional Primitivo, Pág. 207. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1999.

⁵² Winnicott D. W. (1965): La Integración del Yo en el Desarrollo del niño (1962), Pág. 78. En *Los procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador: Estudios para una Teoría del Desarrollo Emocional*. Buenos Aires, Paidós, 2011.

⁵³ Winnicott D. W. (1979): Desarrollo Emocional Primitivo (1945), Pág. 207. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1999.

Por último, tenemos que referirnos a otras de las peripecias que el infans deberá atravesar. Winnicott, menciona al hablar sobre *“las relaciones objetales”* que, *“No se trata tanto de proporcionarle satisfacciones como de permitirle que encuentre y concuerde con el objeto (el pecho, el biberón, la leche, etc.)”*⁵⁴. De ahí que, en ese momento, en esa sincronía tan sutil, tan difícil de percibir es que, sólo un quehacer materno suficientemente bueno posibilite la *“presentación de objeto”*. Se trata de abrir paso a un mundo pronto a investir.

Otro elemento de sumo valor, que el niño necesitará para la construcción de su subjetividad y para la creciente complejización de su psiquismo es, lo que Winnicott llama en otro artículo, *“Adaptación a la realidad”*. Tamaño concepto, y por eso mismo nos preguntamos, ¿Qué cosas debiesen suceder para que esta categoría exista y tenga sentido en la psique infantil? ¿Qué papel tomará a su cargo el otro materno para tal fin? Veamos entonces.

Dentro del contexto en el cual nos encontramos, pensando a la manera de Winnicott, entonces, a estas alturas, damos por sentada el proceso de integración. Para la relación primaria con la realidad externa, *“Es especialmente al principio cuando la importancia de las madres resulta vital;..., así como darle ininterrumpidamente el fragmento del mundo que el pequeño llega a conocer a través de ella”*⁵⁵. Para ello *“...es necesario establecer un contacto sencillo con la realidad externa o compartida, mediante las alucinaciones del niño y lo que el mundo presente, con momentos de ilusión para el niño, en los cuales él cree que las dos cosas son idénticas...”*⁵⁶. Ilusión mediante, sostenida por la madre y ejercitada por el niño, ahí mismo suceden cosas: *“Para que en la mente del niño se produzca esta ilusión es necesario que un ser humano se tome el trabajo de traerle al niño el mundo de manera constante y comprensible, y, de una manera limitada, adecuada a las necesidades del pequeño”*⁵⁷. Tres palabras parecen aquí fundamentales: Constante, comprensible y limitada. Manera en como debiese conducirse la madre en la tarea de acercarle al pequeño la realidad externa. Estas palabras hablan de un ritmo, un sentido y una dosis, adecuados a lo que el propio bebé puede hasta el momento tolerar, albergar e inscribir.

Con este autor debemos acostumbrarnos a soportar quizás ciertas paradojas, aparentes contradicciones y reveses. Winnicott menciona el crecimiento emocional en términos del recorrido de la dependencia hacia la independencia, procesos que coexisten, en diálogo con aquellos otros que venimos tratando. Se trata aquí quizás, de modos relacionales, modos de

⁵⁴ Winnicott D. W. (1965): La Integración del Yo en el Desarrollo del niño (1962), Pág. 78. En *Los procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador: Estudios para una Teoría del Desarrollo Emocional*. Buenos Aires, Paidós, 2011.

⁵⁵ Winnicott D. W. (1979): Desarrollo Emocional Primitivo, Pág. 210. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 2009.

⁵⁶ *Ibíd.* Pág. 211.

⁵⁷ *Ibíd.*

vinculación que el bebé, el infante, y el niño, tendrá con el ambiente. Veamos otro poco. Si entramos al mundo del bebé en el estado de “dependencia absoluta”, encontramos de entrada una paradoja: *“el infante es al mismo tiempo dependiente e independiente....Está todo lo heredado, incluso los procesos de la maduración y quizás algunas tendencias patológicas, y tiene una realidad propia, que nadie puede alterar; al mismo tiempo, el despliegue de los procesos de maduración depende de la provisión ambiental”*⁵⁸. Entonces, entendemos que el ambiente no hace al niño, más bien crea las condiciones para facilitar algún curso para que ese potencial se desarrolle.

Del lado del ambiente, todavía en el terreno de la dependencia absoluta, nos encontramos con un estado especial en la madre, que Winnicott denomina “preocupación maternal primaria”. Suerte de estado de entrega devota al cuidado de su bebé, pues en los primeros tiempos, su energía, su interés y su cuerpo, en fin su persona toda estará ahí al servicio de lo que el bebé necesita. Se identifica intensamente con su hijo, sintiendo lo que experimenta el propio bebé, aportando sentido, teniendo próximas de una manera particularísima sus propias experiencias como bebé, como niño.

⁵⁸ Winnicott D. W. (1965): De la Dependencia a la Independencia en el Desarrollo del Individuo, Pág. 78. En *Los procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador: Estudios para una Teoría del Desarrollo Emocional*. Buenos Aires, Paidós, 2011.

PARTE II.

ARTICULACIÓN MATERIAL CLÍNICO

Interrogantes

En esta segunda parte, iremos acompañados de una serie de interrogantes que orientarán el trayecto que sigue.

Comencemos a preguntarnos:

- ¿Cuáles son aquellos posicionamientos del otro que resultan potencialmente patológicos/traumatizantes en los procesos de constitución subjetiva de la niña?
- ¿Qué lugar ocupa el registro y/o conocimiento de la psicosis materna en el psiquismo de la niña?
- Repensar o problematizar ¿la psicosis parental opera como realidad traumatizante para la hija?
- ¿Cuáles serían los efectos de dicho conocimiento en los procesos de metabolización psíquica y en la actividad de pensamiento?
- ¿Puede acaso esta problemática esclarecerse o pensarse al menos, a propósito de las fluctuaciones en los procesos transferenciales y contratransferenciales durante el tratamiento?
- Y otra pregunta que se desprende de la anterior, ¿se pueden describir las manifestaciones transferenciales y contratransferenciales sobrevenidas en el tratamiento de la niña, como formas de tomar contacto con la problemática planteada?

Un tratamiento para Blanca: A propósito de su inicio

Iniciándonos ahora en este recorrido, me pareció pertinente, pues hay que comenzar por alguna parte, repensar juntos el comienzo, es decir, aquello que motivó el pedido de consulta de asistencia psicológica para la niña. Este comienzo interesa por muchas razones, que iremos viendo en lo que sigue junto con el material ofrecido por entrevista de admisión.

En aquel entonces, año 2011, me encontraba trabajando en un programa que asistía a niños/as y adolescentes con patologías graves. Asistencia que no se reducía al sólo dispositivo de atención psicológica individual, éste era un elemento de importancia pero no el único. El programa contaba además con toda una serie de dispositivos comunitarios, de generación de redes entre instituciones, entre profesionales. Tal lineamiento propiciaba pensar y abordar cada caso en su complejidad. Un terapeuta -por dar un ejemplo-, podía tener a su cargo el tratamiento individual de un niño, pero asimismo se encontraban otros profesionales del equipo trabajando, así como instituciones de alojamiento, defensorías, juzgados, etc. Las responsabilidades eran compartidas; reuniones y comunicaciones regulares facilitaban la elaboración conjunta de estrategias de trabajo, esa era una constante.

Comencemos ahora a situarnos en la entrevista de admisión: Se presenta a la reunión de admisión, la trabajadora social del Centro de Alojamiento Transitorio, institución en la que Blanca se encontraba viviendo en esos días. Este dispositivo albergaría a Blanca hasta que el juzgado decidiera un hogar adecuado, dentro de los hogares convivenciales de la ciudad. Las consideraciones hechas posteriormente por quienes coordinaban el programa, incidirían también en la decisión respecto a la elección de un lugar adecuado a las particularidades de Blanca.

Durante ese encuentro inicial con la historia de Blanca, la trabajadora social antes mencionada, presente como adulto que representaba a la niña, refería de la madre (a quien llamaremos Paloma), que había sido internada en un Hospital psiquiátrico municipal, a partir de una denuncia realizada por los vecinos de la pensión en la que vivían madre e hija. Paloma, se encontraba en proceso de externalización progresiva, pasando días en el hospital y días en un hotel (tipo pensión); tenía un diagnóstico de hebefrenia.

Respecto a la niña, se nos informa que estuvo viviendo en un hogar previamente (dos años aproximadamente), época en la que comienza a tener intervención un juzgado civil por protección de persona hasta ese entonces. Se supo que esa situación fue desencadenada por una descompensación psiquiátrica de la madre. Antes, Blanca y Paloma, vivían en la casa de la abuela materna, quien muere a los tres años de la niña. El abuelo materno muere antes de que Blanca nazca. Paloma sólo cuenta con un hermano con el que no tiene contacto alguno. Sobre

el padre de Blanca, sólo se sabía que mantuvo una relación pasajera con la madre, y que luego del nacimiento de la niña dejó de tener contacto con Paloma.

Otros datos aportados por el Equipo de Orientación Escolar: Referían gran preocupación por los contenidos del discurso y los gráficos de Blanca, pues estos solían estar ligados a muerte, cementerios. Preocupados asimismo por el constante cambio de escuelas, se estimaba que en un periodo de un año Paloma había cambiado a su hija cinco veces de colegio.

Finalmente el pedido de intervención al Programa se circunscribía a realizar una evaluación psiquiátrica, y considerar el inicio de un tratamiento psicológico para la niña. Ello, debido a que encontraban a Blanca fuertemente ligada/pegada a los reclamos, quejas y enojos de su madre referidos a diversas instituciones y personas. Haciendo suyo y reproduciendo, un discurso de tipo paranoide. Se asomaba asimismo, una recomendación a priori y explícita, la de ir creando conciencia en Blanca acerca de las causas de la internación psiquiátrica de su madre. Los referentes de las instituciones que alojaban a Blanca consideraban que esa línea de trabajo contribuiría a aflojar una fuerte resistencia, pues suponían o más bien daban por sentado, que ese conocimiento estaba totalmente negado por la niña. Si bien dicha demanda persistió durante un buen tiempo en el discurso de algunos profesionales, poco a poco se convirtió en una oportunidad propicia, para repensar acerca de los efectos posibles en la niña, si un procedimiento de tales características de hecho llegaba a concretarse.

Con estos datos ya explicitados, avancemos. Antes de conocer personalmente a Blanca, sabía que algo debía producirse como requisito indispensable para tomar en tratamiento a la niña. Me refiero a una condición mínima de inicio, la de asumir la responsabilidad de permanecer. ¿Qué quiero decir con esto? Pienso que al iniciar un tratamiento psicoterapéutico, analítico o no, dos personas se encuentran, acuerdan y asumen responsabilidades. Lo indispensable del lado del paciente, tendrá que ver con asistir regularmente a las sesiones, cierta demanda por su parte, dirigida de entrada a solicitar un espacio de estas características.

Estas dos condiciones, sabemos quienes trabajamos con niños que, se sostienen ineludiblemente por aquellos adultos en torno al niño. Este caso quizás nos exige pensar algunas cuestiones adicionales, ¿Quién o quienes consultan por esta niña? Sabemos que la madre por su internación psiquiátrica ya no podía estar a cargo legalmente de su hija, esa responsabilidad era ahora asumida por un juez. Entonces, tenemos en consecuencia, una serie de adultos responsables del cuidado de Blanca (Juzgado, Defensoría, Hogar). Dato nada menor, pues el trabajo emprendido con los referentes mencionados fue sucediendo en paralelo al trabajo terapéutico con Blanca, compleja empresa diría, aun hoy.

Pensaba sobre el punto, cómo se iría configurando el escenario y las condiciones de posibilidad del tratamiento para la niña. Los primeros encuentros con Blanca reflejaban de

manera nítida que, ya había operado algo efecto de una imposición. Me solía decir a mí misma ¿cómo me inserto desde mi posición de terapeuta dadas estas particularidades? Respondiendo a ello, los movimientos de apertura de un espacio que pretende llamarse terapéutico, en este caso, se ubicaban en torno a ofrecer un dispositivo que no fuese experimentado por Blanca como una imposición que la violentaba nuevamente. Coherente a este pensamiento, solía certificarle frecuentemente que no era una especie de aliada del hogar, del juzgado, etc. Yo más bien me encontraba aliada en función de sostener una posición, la de garantizarle preservar un espacio, el suyo. Para hacerlo, ser paciente y estar disponible resultarían mi prioridad.

Junto con los interrogantes que me embargaban, resultaba un hecho que: la perturbación psiquiátrica de la madre, a medida que pasaba el tiempo eran de mayor recurrencia los episodios de descompensación, por lo tanto el contexto en torno a Blanca sufría desbarajustes. Sin embargo, ¿yo debía tomar a priori, la creencia acerca del vínculo entre ellas, suerte de simbiosis patológica, difícil de quebrar?, ¿y que la niña se encontraba tomada por completo por el discurso materno?⁵⁹ Si optamos por quedarnos con la idea de los efectos traumatizantes que podrían haberse producido en Blanca a propósito de la perturbación mental de la madre, no haríamos más que quitarnos nosotros mismos de las posibilidades de intervención oportunas al caso. Se impondrá más bien, pensar la patología mental materna como una variable, presente y vigente, en función de los modos en cómo opera en el psiquismo de la niña.

Orientada por estas ideas es que pude conducirme durante los primeros encuentros con Blanca, pues me parecía, aunque nadie había reparado en ello, que me encontraba frente a una niña intentando sobrevivir, y que todos los sucesos vividos a la fecha, parecían más próximos a un accidente, o a una serie de ellos. Algunas razones tenemos para inclinarnos sobre esta hipótesis: Distintos elementos en el relato de Blanca, nos mostraban la vivencia subjetiva de alguien imposibilitado de prever o incluso de anticipar los sucesos que se irían presentando en su vida. Bronca y furia justificadas por ella, al no saber ni tener idea sobre su futuro inmediato, su presente, ya se encontraba fuertemente conmocionado. La sensación de futilidad amargamente embargaba todo su relato, apatía frente a su alrededor, justificado nuevamente, ya que no tenía derechos, voz ni voto propios. Este estado de parálisis en Blanca, copaba la escena por completo, si hacemos el intento de ponernos en sus zapatos,

⁵⁹ Más bien me inclinaba por esta otra idea, *“Cuando tomamos las medidas necesarias para que un niño se aleje de un progenitor psicótico, confiamos en poder trabajar con él, pero nos encontramos con que el niño rara vez se comporta de forma normal cuando se lo aparta del progenitor enfermo...”*. D. W. Winnicott (1959): El efecto de los padres psicóticos sobre el desarrollo emocional del niño, Pág. 100. En *La Familia y el Desarrollo del Individuo*. Buenos Aires, Hormé, 2006.

experimentaríamos intensos temores paralizantes también. No siendo del todo casualidad, es que vino a mi cabeza la referencia de Freud acerca del papel que cumple la protección antiestímulo en el psiquismo. *“Esta partícula de sustancia viva flota en el medio de un mundo exterior cargado con las energías más potentes, y sería aniquilada por la acción de los estímulos que parten de él si no estuviera provista de una protección antiestímulo”. ...“Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos...su principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tanto destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera. La recepción de estímulos sirve sobre todo al propósito de averiguar la orientación y la índole de los estímulos exteriores, y para ello debe bastar con tomar pequeñas muestras del mundo externo, probarlo en cantidades pequeñas”*⁶⁰. Blanca lo mostraba claramente en esta primera presentación, su estado quizás era el de un sujeto intentado realizar grandes esfuerzos, no sólo para defenderse de un afuera incierto, sino también para volver de ese contexto actual algo previsible, a los fines de poder orientarse, de poder conducirse por él.

Intuía que debía ocuparme de lo urgente, esto es, del afecto de terror y parálisis manifestado por la niña. Entendía que, todos o muchos de sus espacios personales, de intimidad, habían sido de alguna manera violentados, y no sólo eso, la recomposición de su contexto también se encontraba decidida por otros. Recuerdo haber optando en ese entonces, por una posición circunscripta a dosificar lo que yo misma y el espacio terapéutico representaba de mundo exterior, es decir, contribuir a recomponer la protección antiestímulo de Blanca. En términos concretos, esto implicaba ofrecer un espacio suerte de membrana protectora, de envoltura de suficiente consistencia que impida ser atravesada, perforada. O bien por las urgencias de otros, o bien por la velocidad de las decisiones, nuevamente de otros. Tal ofrecimiento incluiría un tiempo caracterizado por cierta monotonía (tiempo dejado en suspenso), y por la creación de un vínculo que perdure, que permanezca, y así quizás, potencialmente confiable.

⁶⁰ S. Freud (1920): Más Allá del Principio de Placer, Pág. 27; en *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

Creación del vínculo terapéutico: Permanecer, perdurar, confiar.

Ahora pasaré a mencionar ciertos elementos de los primeros encuentros con Blanca. De la primera entrevista recuerdo a Blanca en el pasillo, mientras la saludo y me presento, miro a una niña, de once años, de contextura física muy delgada, rubia, de ojos verdes, con el seño fruncido. En esos instantes recuerdo la mirada de una niña, que sólo se asomaba cuando no la advertíamos directamente. Al entrar al consultorio, Blanca ubicaba su mirada en el escritorio. Luego de presentarme y comentarle acerca de la institución, informándola acerca la entrevista que previamente habíamos tenido con los responsables del establecimiento donde se encontraba alojada, ofrezco mis primeras palabras al respecto. Pensaba que había pasado por muchas cosas en poco tiempo, pero que ahora si estaba de acuerdo, prefería me las contara ella misma. Y comienza: “No es la primera vez que estoy con psicólogos, hace poco vi a uno que me pedía dibujar, ver figuras, pero no me preguntaba nada. No me gustan los psicólogos”. “Yo no sé para qué tengo que venir acá, si a mí no me pasa nada, la urgencia es conseguir una casa para volver a estar con mi mamá”. Sin mediar pausa alguna, comenta que no le gustan sus compañeras de residencia. “No me gustan porque dicen malas palabras, son groseras, y yo soy distinta, no voy a cambiar. Yo vengo de una familia con educación y cultura”. Prosigue, ahora hablando sobre su madre: “Mi mamá estuvo en el ejército, y a los veintitrés años estuvo un año de policía trabajando. Dio clases particulares, y tenía un kiosco. Yo nací a los treinta y un años de ella, vivíamos de dos pensiones y dos subsidios”. Al finalizar, le ofrezco la posibilidad de tomarnos un par de entrevistas más, para que ella pudiera figurarse una idea del espacio que le ofrecíamos, para luego decidir el inicio o no de un tratamiento. Blanca acepta la propuesta, al despedirnos dice, “¿Tenes los ojos verdes?, como yo”.

En el marco de la segunda entrevista, encuentro a Blanca distinta, un tanto alegre, risueña. Al entrar, visualiza en el escritorio varias horas y lápices de colores, me adelanto y le digo: “parece que los psicólogos queremos hacer dibujar siempre a todos los pacientes”, ella se ríe y se acerca los materiales para comenzar a dibujar, mientras dice, “ya sé qué voy a dibujar, a vos”. Mientras comenzaba a dibujar, “ya que estoy acá, vos me podes ayudar a pensar qué orientación elegir para entrar al secundario. Me gustan contable o administración de empresas”. Paralelo a estos comentarios, Blanca usaba repetidamente la goma de borrar: “No me está saliendo, porque yo quiero que me salga perfecto, si no me sale lo dejo”. Finalmente termina el dibujo, aunque mostrando inconformidad, se enoja y dice, “No me gustan los psicólogos, porque son para locos y yo no estoy loca”. Le contesto que también las personas que no están locas recurren a los psicólogos, que no eran sólo para locos. Le digo asimismo, que acá podía

enojarse, ponerse mal, que en todo caso podíamos juntas pensar por qué de repente se sentía de esa manera. No del todo convencida, resuelve decir: “no quiero hablar de cosas aburridas, quiero hablar de cosas divertidas”.

La semana siguiente al encontrarnos, quizás retomando ella misma el repertorio de la entrevista anterior, comienza diciendo, “No me gustan los psicólogos, me hacen hablar de lo que no me gusta, de lo que me hace mal. Yo estoy bien sin recordar, yo funciono bien así. No voy a hacer las cosas por obligación”. Le digo por mi parte, quizás ella no recordaba, pero yo sí, que no era mi intención obligarla a nada, que podíamos tratar los temas que ella quisiera. Esta actitud de “defenderse por las dudas”, a la manera de un modo preventivo de comenzar a relacionarse conmigo, fue alternando, permitiéndole a Blanca contarme acerca de sus intereses. “Ahora voy a pasar a primer año, pero por faltas se está complicando”. “Me gusta ciencias naturales, estamos viendo el cuerpo humano. El órgano masculino y el órgano femenino, no es interesante. A mí me gusta lo relacionado a los animales y las plantas. Me gusta el gato, el leopardo y el guepardo. También me gusta matemáticas”. Mientras la escuchaba me preguntaba: ¿Todo lo no humano?

En otra oportunidad, como ya venía siendo una costumbre, Blanca enojada refiere que nadie hace nada por ella y su mamá, que lo prioritario era conseguir una casa; continua: “Mí mamá y yo vivimos en una burbuja y los demás están afuera”. Le respondo, mientras dibujo en una hoja un círculo grande, “quizás para que puedas comunicarte, es necesario salir de vez en cuando de la burbuja”. Seguidamente, Blanca toma la hoja y a partir del círculo dibuja un reloj, “dibujo esto porque quiero, no para que lo analices”, nos reímos juntas. Y le pregunto: “¿qué pasa a las 12:01?”, ya que el reloj marcaba esa hora. Blanca dice: “a esa hora nací yo, estaba lloviendo. Yo quiero ser mala no buena, yo quisiera ser mala pero soy demasiado buena. En los hoteles donde vivíamos éramos buenas, los vecinos eran malos, nos molestaban hasta que nos echaban”. Concluye el dibujo agregando puntos de distintos colores de plasticola. En uno de los últimos puntos logra formarse una burbuja que luego se explota, a coro decimos las dos: “¡la burbuja!”. Nos despedimos entre risas luego de lo ocurrido.

Cierta vez entrando al consultorio muy enojada (con una mirada de furia), comenta que mandaron una orden del juzgado en la cual se imposibilitaban los paseos de ella y su mamá a solas. Frente a esto le pregunto que por qué piensa que ordenaron tal disposición, y ella dice: “Nunca voy a decir que la veo mal, nunca les voy a dar la razón a los que dicen que está mal. La jueza está jugando conmigo, yo si fuera jueza la llevaría con la madre”.

¿Qué clase de vivencias resultan traumáticas? Repensando sus presentaciones.

Podemos con los datos que tenemos comenzar a ensayar algunas hipótesis en torno a la pregunta, ¿Hay algún elemento en este contexto que puede considerarse traumático? Podemos responder a esta pregunta afirmativamente, pues como arriba mencionábamos, numerosas habían sido las situaciones de índole traumática⁶¹ al momento de la consulta por Blanca. Junto con Freud nos preguntamos entonces, “¿Y qué clase de reacción de la vida anímica esperaríamos frente a esa intrusión?”⁶². La existencia de sucesos traumáticos, en tanto intrusiones, devienen en estímulos que violentan las posibilidades defensivas del psiquismo, y en consecuencia conducen a producir “...una enorme contrainversión a favor de la cual se empobrecen todos los otros sistemas psíquicos, de suerte que el resultado es una extensa parálisis o rebajamiento de cualquier otra operación psíquica.”⁶³. Avanzando otro poco, insinuamos la cuestión de si lo traumático en juego se circunscribe acaso, y exclusivamente al estado mental de la madre. Y estirando más la cuestión, dando por sentado el episodio traumático, ¿este estímulo que choca y conmociona al sujeto, se presenta como efecto de sumación o impacto único?⁶⁴

Advertidos por este interrogante, una reflexión se impone. Para un niño, en circunstancias como las de Blanca, pueden resultar traumatizantes toda una serie de factores que se añaden, y que complejizan aun más, lo ya generado por la presencia de psicopatología grave en alguno de sus progenitores. Si tratamos de ver en detalle el panorama, nos encontramos con que probablemente la descompensación psiquiátrica de la madre, aunque no haya sido sólo una, pudo ejercer una suerte de efecto dominó, es decir, desbarajustando varias cuestiones. De pronto la niña separada sorpresivamente de su madre, es llevada a una institución de alojamiento transitorio; comienza a ver desfilar gente desconocida, de la cual tiene que confiar (no se sabe por qué razón previa), y en lo sucesivo, deberá poder adaptarse a una vida totalmente nueva, no contando además con ningún referente familiar al alcance. Estos

⁶¹ Desde la concepción freudiana, “Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. ...Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa.” S. Freud (1920): Más Allá del Principio de Placer, Pág. 29. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*, Pág. 30.

⁶⁴ Interrogante ya presente tempranamente en el pensamiento de Freud, “Ahora bien, ¿de qué depende la facilitación en las neuronas impasaderas? Según la experiencia psicológica, la memoria (o sea, el poder de una vivencia para seguir produciendo efectos) depende de un factor que se designa “magnitud de la impresión”, y de la frecuencia con que esa misma impresión se ha repetido.” Freud S. (1895): Proyecto de Psicología para Neurólogos, Pág. 345. En *Obras Completas Vol. I*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

elementos nos advierten quizás, la imprudencia de ejercer a priori algún juicio sobre qué es lo traumático en juego, de mayor o menor incidencia para la niña. Si podemos estar de acuerdo con Winnicott sobre este tema, “...*el trauma es la destrucción de la pureza de la experiencia individual a raíz de la intrusión de un hecho real demasiado súbito e impredecible...*”⁶⁵.

Si bien resulta un tema complejo, ningún psicoanalista de niños probablemente haya quedado exento de ocuparse de las incidencias producidas a propósito de progenitores mentalmente perturbados. Cauteloso frente al tema Winnicott menciona algo al respecto, “*La psicosis de los padres no ocasiona psicosis infantil; la etiología no es un problema simple.*”⁶⁶. Y más en detalle, nos impulsa a pensar, “...*es necesario recordar, que la enfermedad del niño es exclusivamente del niño, aunque en la etiología del caso, las fallas ambientales resulten decisivas. A veces un niño encuentra la manera de crecer a pesar de los factores ambientales, o bien enferma a pesar de que se le proporcionan excelentes cuidados*”⁶⁷. Contando con estas opciones, podríamos ensayar diversos caminos que sólo iremos a despejar o justificar, luego de una indagación profunda del caso.

Hecha alguna exploración teórica y reflexión pertinentes, nuevamente es Blanca quien otorga elocuentes pistas acerca de su propia posición frente a lo traumático. Ella misma lo sugería, ella misma ubicaba lo traumático, relatando a viva voz excesos, y para el asombro de varios, estas violencias padecidas no provenían (al menos en esa actualidad) de la problemática psiquiátrica de su madre. Recuerdo cierta sesión en la que Blanca muy enojada, no quería siquiera entrar al consultorio. Luego, evitando mirarme: “Todos están inventando que está enferma mi mamá”. “Antes todo estaba bien, no había problemas, ahora con el hogar, venir acá, me hacen poner loca”. “Nadie me saca esta locura que tengo”. Le digo que quizás extrañaba una época en donde todo estaba aparentemente bien y una mamá que estaba bien. Enseguida responde: “sí, digo no”. “Yo me voy a escapar y si me busca la policía, yo me voy a resistir”. Sintiendo su dolor al escuchar esas palabras, pensaba: por supuesto que tiene que ofrecer resistencia, en un intento de encontrar algún sostén, algún soporte donde anclarse, un lugar posible para habitar, pues todo o lo único que tenía en su vida (su madre) le había sido desposeído.

¿Qué tal si tomamos y hacemos nuestra la resistencia de Blanca? también podríamos resistirnos a pensar un concepto como el de trauma de manera unicausal y determinista. Blanca comunicaba, sí ella decía, acerca de una investidura activa y en plena vigencia. Ella habla del

⁶⁵ Winnicott D. W. (1989): El Concepto de Trauma en Relación con el Desarrollo del Individuo dentro de la Familia (1965), Pág. 180. En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

⁶⁶ Winnicott D. W. (1959): El Efecto de los Padres Psicóticos sobre el Desarrollo Emocional del Niño, Pág. 98. En *La Familia y el Desarrollo del Individuo*. Buenos Aires, Hormé, 2007.

⁶⁷ *Ibíd.*, Pág. 100.

derecho de todo niño en tener a sus padres, de hacerlos existir, en su vida, en su psiquismo. Y ello de la forma que sea, aun sorteando increíbles evidencias concretas, dificultades, formas de cuidado quizás poco habituales, deficientes o precarias. ¿Esto cómo lo oímos nosotros? ¿Como un mero capricho del niño o la niña, ciego a las imposibilidades concretas de alguno de sus progenitores? No me parece un modo de entendimiento serio. En cambio, se nos podría ocurrir pensarlo: Como una franca investidura, caprichosa, genuina en su inquietud, ofreciendo resistencia permanente, incluso torciendo las explicaciones más racionales de voces autorizadas. Una fuerza que sigue apostando a preservar esa filiación en tanto soporte, soporte de afecto y soporte identitario, pues nos hace personas en el mundo, eslabón de una cadena generacional y por lo tanto parte de una historia. Querer ir en contra de dicho movimiento, equivaldría a cortar una trama, desgajando al sujeto de una historia, en fin desafilando, en fin desubjetivando. A propósito de estas reflexiones siempre me pregunto ¿Qué tipo de investidura recae sobre nosotros para autorizarnos a postular las buenas formas de relación paterno-materno-filiales?

Creo fuertemente en que ese estado de ilusión en el cual, el niño o la niña, saca a flote a alguno de sus padres, se vuelve evidencia, indicador en sí mismo. Y preguntarán ¿indicador de qué? Convocando las ideas de Winnicott acerca del estado de ilusión (D.W. Winnicott 1971), ¿y si esta capacidad para ilusionarse fuese un motivo para el desenvolvimiento saludable de un niño? Volviendo a Blanca, de darle espacio a la ilusión de que su madre puede, y puede todo cuanto ella imagina, todo cuanto su ilusión se lo permite. Aun más, y si acaso podemos pensar, ilusión mediante, quizás aquellas experiencias que suponemos dolorosas, de desamparo, de intemperie, puedan ser saneadas, reparando un vínculo, preservándolo.

Haciendo historia⁶⁸: ¿Recobrándola de qué formas?

Podemos comenzar tomando como interlocutor válido cierto trabajo realizado por M. Enriquez en torno a las problemáticas de la memoria, el olvido y el acceso a la historicidad. Allí, una idea se presenta relativa al afán de rememoración. *“En todo ser humano que aspire a pensarse como individuo singular hay una insistencia subjetiva que lo empuja a la rememoración y a la investigación del pasado. Desear conocer “los comienzos”, querer “volver atrás” para orientarse en el tiempo, recuperarlo, dominarlo, son coexistentes con la vida”*⁶⁹. Aventura que impone a todo sujeto decidir sobre los caminos que tomará, para contar y contarse, esa historia que es la suya. En ocasiones esta peripecia, podrá leerse en actos que hacen las veces de escritura, o de discurso que relata, la historia en esos sujetos acontece y vive en cada paso transitado. Otros tantos trayectos se nos presentan tan vivos, tan insistentes pero por su negativa a ser reconocidos, el rehusamiento de la historia se revela operante. Como terapeuta pude entrever esto último, encontrándome frente a una niña que, hacía el intento de llevar una vida en la cual esa búsqueda y exploración de su historia se mostraba viva, en plena vigencia, pero por su negativa a reconocerla.

Más adelante en ese mismo texto, Enriquez describe tres expresiones que apuntan a cancelar el acceso a la historicidad. Aquellos elementos sospechados de arrimar al sujeto a su trama histórica serán atacados, es decir puestos fuera de juego, huellas mnémicas, sueños, recuerdos, pensamientos, todos correrán la suerte de un exilio psíquico. *“Estos diferentes movimientos tienen además su cara oculta y son portadores de su contrario. ...los sujetos que se debaten con esta problemática general de la desinvertidura recurren, para tratar de sobrevivir psíquicamente, a defensas que se presentan bajo la forma de mudar hacia lo contrario los movimientos pulsionales primeros. En este sentido se puede decir que la borradura de las huellas, el dormir sin sueños, la desinvertidura, se acompañan siempre de la expresión más o menos manifiesta de su faz oculta a saber: a. Un rehusamiento empeinado del olvido en relación con el odio, el resentimiento, la culpabilidad. b. Una vigilancia extrema sobre todo lo que pudiera revelarse causa de sufrimiento psíquico y de desvanecimiento de jalones identificadorios duramente adquiridos; c. una sobreinvertidura, a veces lograda pero siempre*

⁶⁸ Aquí pienso en términos de concebir la experiencia terapéutica en sí misma, como proceso histórico. Entendiendo que, *“Lo que se produce entre el analista y el analizante es un proceso histórico de trabajo sobre la manera en que la historia se constituye en una persona: cómo labora, cómo deviene eficaz. Más que tratarse de reencontrar la memoria, parecería que en la relación analítica uno fuera, a veces, testigo de algo histórico, como cuando tras haber presenciado cierto tipo de acontecimientos, uno siente que algo histórico se produce en el presente”*. Green A. (2005): Winnicott en Transición, entre Freud y Melanie Klein. En *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires, Amorrortu, 2007.

⁶⁹ Anzieu D. y Otros (1987): Las Envolturas de la Memoria y sus Huecos – Enriquez M., Pág. 102. En *Las Envolturas Psíquicas*. Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

*constrictiva, de un objeto narcisista que no podría estar ausente y sobre el cual el ejercicio de un poder y de un dominio son puestos como ilimitados*⁷⁰. De fuerte impacto me resultaba esta suerte de oscilación permanente en Blanca. Pues todavía no cedía del todo esa necesidad de estar alerta, de tantear al otro, a ver si por esas casualidades de la vida, y por fugaces momentos, podría ser confiable. La desconfianza de Blanca, en lo que ya comenzaba a desplegarse en el vínculo conmigo, quizás operaba como el método disponible para medir al otro, medirlo en todo lo relativo a su fiabilidad. Pensaba, ¿qué alcances tendría volverme un objeto confiable para Blanca? Y Perogrullo mediante, ¿en que se vería beneficiado el tratamiento? En un intento de responder estas cuestiones, recordaba algo, cuando solía detenerme a pensar en algunas conductas de Blanca, un pensamiento que insistía a la manera de máxima "Una orden de perfección": Hacerlo perfecto, que salga a la perfección solían ser las afirmaciones de Blanca frente a cualquier cosa que hiciera, tanto dentro del espacio terapéutico como fuera de él. En tanto elemento ordenador, que pauta y dirige, modula su vida entera. Este postulado de perfección, hacía su aparición frecuentemente cuando alguna falla o error salía al paso, anulando cualquier tipo de producción. El paso o la acción siguiente no se circunscribían al intento de reparar, arreglar o modificar, se anulaba todo el producto, se deshacía. Figurado así, la hoja se rompe, el modelado se destruye, el juego cesa, la palabra se interrumpe.

Con todo, se comprueba la existencia de una vigilancia extrema, puesta solo afuera en apariencia, como intento de controlar al otro, todo eso otro que atente contra un equilibrio forzado y precariamente sostenido. ¿Por qué este particular movimiento? Podríamos decir que se trata de un intento que apunta a controlar todo producto psíquico que se presente como causa de sufrimiento. Se revela entonces como un intento desafortunado, pues sabemos que el control total no suele ser nunca posible. Dicho fenómeno no deja de traer consecuencias, debido a que resultan fuertemente menoscabadas las funciones de ligazón, tan propias del psiquismo y particularmente de la función de pensamiento, en lo que atañe a la función vinculante, de establecimiento de junturas, de nexos.

Acompañada de estas ideas, me dispuse a realizar una reconstrucción de este funcionamiento a partir de lo que sus marcas dejaban entrever. ¿Con qué me encontraba? Para Blanca no había pasado, solo le interesaba el presente, no había tristeza o sufrimiento sino odio, bronca y enojo. Estos afectos, hacían las veces de guardianes omnipresentes toda vez que se asomaba tímidamente alguna referencia del pasado. Me preguntaba: ¿Cómo se puede controlar lo que se quiere desconocer? Si la necesidad de un control extremo se vuelve tan urgente ¿Cuáles son aquellos contenidos psíquicos que deben ser controlados? Diríamos por

⁷⁰ *Ibíd.* Pág. 106.

nuestra parte, que para lograr dicho cometido se requiere una alta inversión de recursos y un potente ejercicio de mecanismos. Elocuente y frecuente en ella, era la necesidad imperiosa de generar orden, en una organización que se mantuviera quieta, inmóvil. Todo era realizado por Blanca con sumo cuidado y control, aquello que habitaba en su cabeza, fuesen pensamientos, ideas; el control de sus afectos; su propio cuerpo también, en una forma de vestir apretada, abotonada. En fin, la pauta de no dejar salir nada: Blanca solía retocar frenéticamente su cabello, desarmando y volviendo a hacer el peinado en cuestión: “no quiero que se salga ni un pelo, quiero que esté perfecto”, según refería. Enseguida, podemos pensar cuán lesionada puede eventualmente quedar, la capacidad para ejercitar la espontaneidad y beneficiarse de ella, experimentando cierto placer.

Ahora bien, volviendo a la pregunta sobre la posibilidad de controlar ciertos contenidos psíquicos, si esta lógica opera en el plano de las representaciones, ¿Podría ocurrir que el sujeto consiga desembarazarse, dejar de tener noticia, incluso desconocer por completo su historia, acontecimientos que forman parte de su trama subjetiva? Esta serie de preguntas fueron acompañándome durante todo el trayecto terapéutico de Blanca. ¿Por qué importa esto? A mi entender creo, Blanca nos arrima una forma particular, propia de su psiquismo, acerca de la posibilidad de inscripción psíquica de su historia subjetiva. Quizás ese blanco tan presente en ella, no se encuentre operando en el sentido de una progresiva desinversión de las representaciones, a tal punto de conducir las a la muerte psíquica, es decir, quitarles total existencia. Más bien diríamos, se trata de un blanco que ataca y opera, en la función de recuperación de las representaciones, en tanto huellas mnémicas posibles de ser recobradas y albergadas como recuerdos. En efecto, entre algunos de sus relatos sobre su mente en blanco, con pesar y enojo solía manifestar su dificultad al momento de estudiar historia y geografía, refiriéndose precisamente a los modos de estudiar. Podía hacerlo memorizando todo con sumo detalle, evocando luego con una fidelidad asombrosa el fragmento leído. La dificultad se le presentaba cuando intentaba estudiar de otro modo, “no puedo decirlo con mis propias palabras, si no es de memoria no puedo”. Darse licencia para evocar aquello que leía o estudiaba era imposible si no era recordado con extrema precisión.

Como vemos estas cuestiones nos resuenan pues pulsión de dominio, pulsión de investigación y sublimación se encuentran aquí operantes, pero prestando colaboración entre sí de una manera bien particular. Similar diríamos a las reflexiones hechas por M. Enriquez a propósito ciertas confusiones generadas en hijos de progenitores delirantes cuya influencia operaba activamente. Veamos qué nos aporta, *“En cuanto a la pulsión de investigación, que según Freud (1905) sólo sería el corolario intelectualizado, sublimado, de la pulsión de dominio, se verá en peligro de encontrar su satisfacción únicamente en su aspecto sádico destructor del*

*pensamiento del otro. Puede perfectamente además ser objeto de una represión masiva que mate toda curiosidad y creatividad, o transmutarse en su contrario, o sea: desear activamente sobre todo no saber...*⁷¹. Estas ideas me permitieron avanzar al menos un paso más: Las oscilaciones entre la insistencia de una mente en blanco y una reproducción memorística ejemplar, posteriormente fueron conduciéndome sobre otra línea. El control y la vigilancia extremos, presente tanto en el modo de vincularse, como en la esfera de su pensamiento, ¿eran expresiones de una instancia interna que controla, admite o prohíbe qué pensar, qué sentir?, o más bien ¿provenían de una instancia-prótesis impuesta desde afuera a su psiquismo?

Otra cuestión que no debemos olvidar, mencionada arriba: El control y la vigilancia no sólo estaban destinados a atacar contenidos representacionales generadores de sufrimiento. No resulta nada forzado pensarlos en tanto soportes narcisistas, es decir, como intentos de recomposición subjetiva, de preservar cierta imagen de sí frente a los impactos provocados por situaciones desestructurantes.

Luego del receso por las vacaciones de verano, retomamos las entrevistas. En esa época Blanca se preocupaba por la elección de una orientación para comenzar la secundaria, decía: “Quiero ir a un colegio que sea exigente, que no haya chicos maleducados, porque no les exigen nada y todos pasan como Jaimito”. Recurrentemente, aparecía en el discurso de Blanca la necesidad de diferenciarse, sea de los “jaimitos”, de los maleducados, de las “negras” del hogar. Esta vez debía distanciarse de aquellos que se dejaban llenar la cabeza: “los subversivos no eran los militares, sino otra gente. Yo me creo la historia que me cuenta mi mamá, no lo que dicen los profesores, todos se dejan llenar la cabeza”. Al preguntarle cómo sería eso de dejarse llenar la cabeza, cambia rotundamente de tema. Vemos aquí un viraje en la idea de mente en blanco, comienza a deslizarse la posibilidad de una cabeza susceptible de ser llenada por ideas de otro.

En otro encuentro, Blanca comenta un sueño: “Una chica en la calle se cruza conmigo, es idéntica pero tiene veinte años, trato de seguirla, y de golpe estamos en el cementerio. Veo un tumba con mi nombre, la chica estaba enterrada”. “También tuve otro, era que visitaba con mi mamá a mi abuelo en el cementerio, salía de su tumba, nos perseguía y nosotras escapábamos en un bote, al final estaba él sonriéndonos”. Preguntándole si se le ocurre algo respecto sobre esos sueños, me dice: “sí, qué raro que soñé como era yo a los veinte años, me gustaría tener esa edad, por lo menos no estaría en el hogar”. Enseguida se me ocurre preguntar, qué le producía ese final de su abuelo sonriendo, ella responde: “era raro, me daba

⁷¹ Kaës R., Faimberg H., Enriquez M., Baranes J.-J. (1993): El Delirio en Herencia – Enriquez M, Pág. 107. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*,. Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

un poco de miedo”. Un par de meses después, con cierta expectativa Blanca comenta que tiene un sueño para contarme, se trataba del mismo sueño, sin modificación alguna.

Quisiera detenerme un momento sobre este sueño a los fines de pensar qué nos sugiere. De momento, al parecer se trata de dos sueños, pero son relatados seguidamente en la misma sesión, como dos momentos de una misma trama o secuencia. El primer fragmento: Blanca se encuentra con una muchacha, idéntica o ella misma pero ya crecida, se moviliza para seguirla, extrañada, su búsqueda de repente se detiene. El segundo fragmento: Ahora en otro escenario, se percata de una tumba con su nombre y la muchacha enterrada allí. Los comentarios de Blanca a propósito del sueño giraban en torno a la figura de la muchacha de veinte años, remarcando cierto anhelo por crecer rápido, hacerse grande, tener la mayoría de edad para salir del hogar. ¿Pero qué sugiere la imagen de esta otra Blanca de veinte años, que va a parar al cementerio, y termina enterrada? Esta situación no despierta ningún afecto de angustia en la niña, todo lo contrario. Retengamos por lo menos la situación de la soñante que se encuentra allí movilizada, intentando acercarse a esa otra-sí misma que se le escapa. Segundo: El otro fragmento de sueño, mismo escenario, ahora se encuentra incluida la madre, juntas visitan al abuelo en el cementerio. Este muerto/enterrado, sale de su tumba, cobra vida y las persigue. Madre e hija no intentan ir al encuentro con el abuelo, por el contrario se disponen a escapar, en un barco ya alejadas (a salvo), mirando finalmente al abuelo que les sonríe, imagen mixta o personaje ominoso, familiar/extraño.

El cementerio, en la vida despierta de Blanca era un sitio al que solía llevarla su madre con suma frecuencia, es decir, representaba un lugar familiar. Ensayemos otro rodeo. Lo que funciona como efecto de atracción para Blanca es esa otra-sí misma devenida joven, dirigiéndose a su búsqueda, aunque finalmente lo que encuentra es el cuerpo muerto de la muchacha en cuestión. Si en el primer fragmento lo que se intenta es ir a la búsqueda de esa otra Blanca, es porque hay algo que atrae, que moviliza acercarse. Retengamos *lugar familiar* para pensar el cementerio como sitio al cual se dirige a recuperar algo, del pasado quizás, algún ideal infantil, alguna vivencia añorada. También de cierto atractivo para Blanca, era la idea de crecer y ser grande, requisito necesario para salir del hogar. Hacerse grande sugeriría en este escenario, comenzar una nueva –o recobrar su antigua– vida.

Otra vez un sueño: Vuelve a traer el sueño con el abuelo, pero esta vez dibuja mientras lo relata: “Una vez soñé que mi abuelo, un fantasma, salía de la tumba, estaba desesperado, nos perseguía a mí y a mi mamá, era el cementerio de Chacarita, huíamos en un bote, y al último nos sonreía desde lejos”. Le pregunto cómo se lo imaginaba al abuelo, señalando el personaje de la hoja, fuertemente responde que no, y dice: “ese es un fantasma, tiene un farol, como que se está incendiando”, explicando que es un fantasma que tiene una especie de

proyección que sale por detrás, “Son los pensamientos que se le salen”. Yo le digo: “Parece que entran o salen por la oreja”, “parece que lo que debería estar adentro está afuera”, ella asiente. Al finalizar esa sesión, veo que se pone una campera color rosado, con la figura de Kitty. Sorprendida le digo: “parece que al vestir esa campera lo negro queda escondido”. Se ríe.

Como podemos ver, aquí la producción onírica se presenta como una forma de registro bastante interesante y privilegiada, particularmente estos sueños relatados por Blanca insisten en decir. Si bien cuentan una historia y reconducen al contacto con personajes significativos, también dicen algo acerca de los modos de funcionamientos del psiquismo de la niña. Tomando en préstamo uno de los interrogantes que hace S. Bleichmar a propósito del caso Erna de Melanie Klein, pensemos: *“¿Cómo lo que proviene de afuera comienza a operar “adentro”?,...”* *“Me refiero a elementos de lo real que han caído por sobreinvertimiento en el psiquismo y no logran ni reabsorción en un entramado nuevo ni verdadera transcripción, apareciendo bajo modos de elementos no metabólicos en el juego y en el discurso. ...Es la metabolización, reinscripción o retranscripción lo que permite también la apropiación subjetiva de la vivencia, permitiendo que cada uno sienta que lo que le ocurre, le ocurre “adentro”*⁷². por nuestra parte podríamos agregar, el escenario del sueño como producción que intenta trabajar, metabolizar lo que sucede, eso que le ocurre al sujeto en su vínculo con la realidad que vive. También se nos presenta o nos recuerda más bien, la función que cumple el sueño en las neurosis traumáticas esbozadas por Freud. *“Si en la neurosis traumáticas los sueños reconducen tan regularmente al enfermo a la situación en que sufrió el accidente, es palmario que no están al servicio del cumplimiento de deseo... Nos proporcionan así una perspectiva sobre una función del aparato anímico que, sin contradecir el principio de placer, es empero independiente de él y parece más originaria que el propósito de ganar placer y evitar displacer”*⁷³. No sabemos a ciencia cierta si este sueño vale por su insistencia y repetición al haber sido soñado en varias oportunidades sin modificación; o vale nuevamente por su insistencia y repetición, por haber sido contado varias veces sin modificaciones. Lo cierto es que en ambos casos, si de repetición se trata, es por la presencia de elementos en el aparato que insisten en ser ligados.

Al despedirnos, en esa misma sesión me dice: “venir acá es como cuando la veo a mi mamá, siempre es lo mismo, todo un viaje para verla y me aburro”. “Yo no tengo nada para contar, además mi mente siempre está en blanco”. Posteriormente incluyo una revista de sopa

⁷² Bleichmar S. (1999): Intervención Analítica y Neogénesis, Pág. 31. En *Clínica Psicoanalítica y Neogénesis*. Buenos Aires, Amorrortu, 2008.

⁷³ Freud S. (1920): *Más Allá del Principio de Placer*, Pág. 31. En *Obras Completas Vol. XIV*. Buenos Aires, Amorrortu, 2005.

de letras, recordando que en sesiones anteriores Blanca había traído un crucigrama. Al ver la revista, contenta dice: “Mi mamá también me regaló un crucigrama”. Faltando unos minutos para finalizar, comenta que no le sirve de nada venir a verme: “Todos dicen que ayuda, pero sigo igual, no dejo de ser negativa, no tengo nada en la cabeza, me hace bien ir al cementerio”. Aquí se revela quizás operante cierto movimiento ambivalente, al convertirme en objeto significativo tal como su madre, amor y odio fluctúan en una misma secuencia. Por supuesto dicho acontecer solía experimentarlo yo misma como una especie de desconcierto, frente a esta modalidad que Blanca me presentaba, sobre todo esa queja constante, acerca mi inútil esfuerzo por ayudarla.

La semana posterior, el humor de Blanca había cambiado considerablemente, recordaba su continua autodefinición de no tener nada para decir, y su cabeza en blanco. Ahora iniciaba el encuentro diciendo entusiasmada: “Tengo un montón de cosas para contarte”. Comentando entre algunas cosas, un episodio en el que volvía del colegio en un colectivo, chocando levemente en frente del cementerio de Chacarita. Ahí mismo pregunté si volvió a ir, a lo cual ella respondió: “No sé si voy a ir mientras esté acá, porque si voy me pierdo de las salidas de los fines de semana que hacemos en grupo”.

Durante esos meses Blanca se veía movida por el interés de averiguar sobre su tío materno, quería intentar contactarlo, “¿Vos decís que lo llame a mi tío y a mi prima?”, le pregunto qué le diría, y dice: “Me da vergüenza decirle que vivo en un hogar, pero primero le tengo que preguntar a mi mamá, además hice varias cosas en las que mi mamá se enojaba”.⁷⁴ “Yo quisiera que sea como en las novelas, que algo nunca se descubra”. Le pregunto qué tendría que ser lo que no se descubra, inmediatamente Blanca dice: “Que yo vivo en un hogar y que mi mamá se entere que estoy buscando a mi tío”. La semana siguiente, casi como al pasar Blanca me comenta que su madre se había enojado por esa inquietud suya, le había prohibido buscar o comunicarse con su tío y prima. Interesante mención la de la niña, si pensamos en términos del armado de su novela familiar, o más bien sobre la posibilidad de hacerse de una propia. Claramente, como en toda novela ocurre, ciertas cuestiones deben mantenerse secretas, veladas. Así, también quien escribe la suya puede sentirse autorizado a realizar giros, imaginerías, creaciones inéditas en la historia, de ahí que la potencia de la fantasía encuentre sitio fecundo en este contexto. Aunque la búsqueda le había sido prohibida por la madre, ello no

⁷⁴ Blanca nos vuelve a orientar sobre la importancia y el valor del velo, del resguardo de ciertos elementos presentes en toda novela, como también nos lo acerca nuevamente Enriquez, “*La novela familiar puede ser reconocida como el modelo de la creación novelesca y testimonia sobre los beneficios de una cierta ilusión, aquella que recurre al teatro para expresar mitos eternos que enmascaran la verdad oculta para que reluzca mejor*”. Kaës R., Faimberg H., Enriquez M., Baranes J.-J. (1993): El Delirio en Herencia – Enriquez M. Pág. 107. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

le impedía a Blanca poder realizarla a costa suya, quizás realizar una construcción propia e íntima, en la cual ningún otro pueda inmiscuirse, impedir o censurar.

A medida que pasaba el tiempo, se me imponía con mayor fuerza la imagen de una púber adultizada, crecida de antemano, imagen de una Blanca que solía decir: "Me dieron unas zapatillas en el hogar y yo le doy todo a mi mamá, le quiero devolver todo lo que me dio, le dije que yo me encargaba de sacar plata y ella del abogado". Devolviéndole tal impresión, le decía que escuchaba una Blanca que no parecía de trece años, ocupándose de cosas que suelen hacer los adultos. Ella defendiendo su postura me retrucaba: "Los niños tienen más beneficios que los grandes, capaz me hice así por el estudio". Sin embargo a mí me interesaba saber qué le gustaba a la Blanca de trece años, "Me gusta el rock pesado, a mi mamá también: Iron Maiden, ACDC, Black Sabbath, La Renga".

En cierta ocasión, refiriéndose a una compañera del hogar (con su mismo nombre): "Es tan caradura, sube los videos de la madre con su marido en internet, ella hace la misma vida desorganizada, no tiene suerte, ahora se le va a armar un lío, la madre está loca y la deja hacer de todo". Al escuchar esto, imaginaba cómo podrían haber sido quizás las vivencias de Blanca frente a un ambiente de desorganización, incierto, en fin, difícil de anticipar. Un fragmento de estas características nos invita a pensar en términos del concepto de recuerdo-pantalla, suerte de formación mestiza tan habitual de lo inconsciente, ya que dice y presenta ciertos elementos que al mismo tiempo intenta desconocer. Formación paradójica, es al mismo tiempo un trabajo de rememoración, tal como M. Enriquez lo entiende: ⁷⁵"...es un trabajo de transcripción en la medida en que toda transcripción confiesa lo que evidencia disimulándolo". Y algo más, "El recuerdo-pantalla, cuya vividez sensorial y perceptiva es bien conocida, sirve de membrana protectora a una memoria inconsciente e inconfesable, a la que sin embargo evoca, y que por su parte trata de retornar." La idea a retener es su función de protección, suerte de membrana, de ahí su importancia.

⁷⁵ Anzieu D. y Otros (1987): Las Envolturas de la Memoria y sus Huecos – Enriquez M., Pág. 121. En *Las Envolturas Psíquicas*. Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

¿Qué hacer con el blanco-de Blanca?

Ya avanzado el tratamiento, el control había cedido considerablemente, o por lo menos, Blanca ya no tenía necesidad de ejercerlo para mantener distancia respecto de mí. Otro estado, otro momento, de verdad ahora creía en el Blanco-de Blanca, en este sentido: Tal vez como la manifestación de un particular estado psíquico de blanco, que trabaja imposibilitando, incluso menoscabando la actividad de pensamiento, la creación de recuerdos y el acceso a ellos. Para hacerlo más figurativo, pensemos en una suerte de archivo histórico, en el que se encuentran y están presentes los hechos, los acontecimientos ocurridos, asentados y datados en el archivo. Pero, la particularidad reside en que, se les ha quitado toda referencia cronológica, es decir, se ha censurado cualquier tipo de información referida al tiempo y al espacio, cuándo y dónde ha pasado eso que pasó. En consecuencia, cualquier sujeto que intente apelar a dicho archivo no sólo se encontrará desorientado, sino también imposibilitado de leer e incluso interpretar o dar algún sentido a dicha información, ordenarlo según alguna lógica secuencial.

Este fenómeno nos invita a pensar ciertos funcionamientos, en los cuales el sujeto no dispone, por distintas razones, del hilo conductor, de aquel hilo que va enhebrando acontecimientos, representaciones, ideas o pensamientos. Se encuentra desposeído de esa posibilidad de dar su propia lógica subjetiva, de dar índice libidinal. Lo encontramos particularmente en sujetos en los cuales su capacidad para historizar se encuentra comprometida, cuyo archivo histórico ha perdido esa serie de hilos conductores-libidinales, necesarios para interpretar y significar los hechos relativos a su vida. De suerte que sólo contará con papeles, fragmentos atemporales, habiendo sí una memoria de sucesos y hechos ocurridos, pero carentes de sentido, desposeídos de jerarquías, de sucesión, de secuencia, qué cosas ocurrieron primero y qué después.

A propósito de ello, viene a mi recuerdo un sueño que Blanca supo comunicarme a poco de comenzar el tratamiento, y que de alguna manera había quedado en suspenso en mi memoria. Había soñado: una piscina en la que ella se encontraba nadando, de repente estrepitosamente, el agua desaparecía por una rejilla ubicada en el fondo. Junto al fluir del agua, ella también era chupada por el movimiento de atracción ejercido por esta rejilla-agujero, no quedando nada, todo terminaba siendo absorbido. Las asociaciones en torno al sueño por parte de Blanca fueron casi nulas, salvo la referencia acerca del escenario del sueño, novedoso para ella. Aquí podemos jugar con algún rodeo hipotético siempre: Tenemos una piscina llena de agua, de movimiento, elemento líquido que envuelve y abarca. Luego, el agujero traga no sólo el agua, el sujeto resulta tragado en ese mismo movimiento. Si bien el sueño no corresponde ni se inserta en la secuencia del relato de Blanca antes mencionado, interesa

utilizarlo a los fines de metaforizar un procedimiento. Una imagen vale más que mil palabras suele decirse, este relato que trae el sueño, vehiculiza en imágenes quizás, un vaciamiento. Una fuerza que atrae sobre sí, barriendo y llevándose toda la escena, quitando los elementos, un agujero que traga dejando nada⁷⁶. El sueño quizás relata al soñante, el tratamiento realizado por una instancia que se lleva todo, incluso al propio protagonista. Otro pensamiento, ahora referido las intervenciones posibles sobre el mencionado fenómeno, es tomarlo no como un movimiento negativo, o contraproducente, que ataca toda producción psíquica, barriendo con todo, dejando nada. Más bien, el ofrecimiento que resiste y se opone, podría resumirse en crear pobladores, hacer de esa cabeza –de ese blanco en Blanca– un sitio habitable, creando pobladores-pensamientos, comenzar a dotar de habitantes su cabeza. Pero aquí lo interesante, no serían de otros, de aquellos otros de su prehistoria, y tampoco míos, pues bien podría encontrarme tentada de ofrecer mis propios habitantes (fantasmas). Ahora, en este escenario todas esas opciones resultaban obsoletas. Quizás de eso se trate, de torcer sentidos ya establecidos por historias oficiales ya oídas. *“Historizar es entonces estructurar de modo significativa los efectos de lo acontecimiento-traumático, inscripto a partir de una descomposición y recomposición que liga de un modo diverso las representaciones vigentes (investidas o plausibles de serlo)”⁷⁷.*

Otro elemento bien elocuente a estas reflexiones: Sucedió frecuentemente cuando en el transcurso de las sesiones Blanca, digámoslo de esta forma, *se olvidaba que tenía que olvidar*, entonces, y sólo entonces podía experimentar algo de su propia vitalidad, de sentirse viva, de sentirse ella-misma-siendo. Episodios fugaces, pero muy fecundos, quizás ahí mismo podía encontrarme con Blanca. Cuando ya no la embargaba la necesidad de defenderse del exterior, de todos esos otros enemigos, sin que ya importase qué cosa hicieran en contra suyo; ahí estaba Blanca. Cuando podíamos rectificar y ofrecer alternativas, a esa corriente transferencial que me ubicaba en la categoría de los otros-enemigos que no hacen nada por ayudarla; nuevamente, ahí estaba Blanca. ¿Y por qué insisto sobre esto? Porque pienso, y creo en ello, ahí mismo, se encontraba el inicio de *su* tratamiento.

Un cierto día, Blanca llega risueña comenta: “hay un chico que me gusta, Gustavo, es un año mayor, lo conocí en la biblioteca, me miraba y yo me hacia la distraída, y conversamos un

⁷⁶ Parecido destino el que le toca a uno de los personajes del texto de Orwell agudamente trabajado por Aulagnier, *“...destruir para siempre un fragmento de su propio conocimiento, de su propio pensamiento..., pero esta destrucción primera sólo puede alcanzar su objetivo si el sujeto consigue destruir conjuntamente con la representación del acto por el cual ha producido esa destrucción. Por eso, como lo dice tan acertadamente Orwell, un mecanismo de autodestrucción (de un pensamiento y de un acto) se deberá aplicar al propio mecanismo”*. Aulagnier P. (1984): Un Precursor del doble-mind: Orwell y el Mecanismo del Pensamiento Doble, Pág. 237. En *El Aprendiz de Historiador y el Maestro Brujo: Del Discurso Identificante al discurso alienante*. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

⁷⁷ Bleichmar S. (2001): Estatuto de lo Histórico en Psicoanálisis, Pág. 110. En *La subjetividad en Riesgo*. Buenos Aires, Topía, 2010.

poco, lo veo en todos los recreos”. “Pero no le quiero contar a nadie. Hay una compañera paraguaya, que gusta de todo el mundo, y si sabe me lo va a quitar”.

Fluctuaciones transferenciales: ¿El vínculo terapéutico podrá sobrevivir?

Antes de describir el último tramo del tratamiento, haré mención de cierto momento en el que Blanca se negaba a concurrir a las sesiones. Durante aquella época y en adelante, solía comunicarme por teléfono con ella, diciéndole que yo iba a seguir estando, que podía tomarse el tiempo de las vacaciones de invierno para pensar si quería continuar con el tratamiento.

Durante ese periodo de impasse, me encontraba pensando si acaso la tendencia de Blanca a enojarse fuertemente, a atacar cualquier intento mío por entenderla y ayudarla, se caracterizaba por un ataque al vínculo, propio de una tendencia a la desinvestidura. Sobre este tipo de tendencias, Aulagnier sugiere prestar especial atención sobre todo en los momentos inaugurales de un tratamiento, “...la *“buena apertura”* siempre será la que más garantías me ofrezca de que el lugar que inicialmente he ocupado no quedará fijado de una vez para siempre...”⁷⁸. Dificultad frecuente cuando nos encontramos más del lado de funcionamientos psicóticos, ya que el sujeto, “...mucho antes de encontrarse con nosotros ha dejado de creer que en el juego de su vida pudiera encontrar jugadores diferentes de los ya conocidos”⁷⁹. Esta hipótesis más que producir en mí algún desaliento, operaba como punto de partida, suerte de brújula. Evidencias de sobra tenía para saber que Blanca ya me incluía en la serie enemigos-perseguidores, salvo excepcionales excepciones. Orientada por esta idea pero desobedeciendo a ella, logré dedicarme a buscar aquellos detalles que sugerían otros horizontes.

Sabía que Blanca había dejado muy claro su negativa a concurrir al tratamiento, no había lugar a dudas acerca de su decisión. No obstante, por mi parte debía comunicarle también francamente, que dejaría en suspenso y disponible su horario por un tiempo, y que yo estaría disponible. Las comunicaciones telefónicas daban cuenta de esta decisión, fundada quizás por otra idea que campeaba junto a la arriba mencionada por Aulagnier. Esta franca negativa de Blanca, ¿podía estar relacionada a una fuerza que, bajo la forma de ataques se presentaba como impulso que tantea, que explora, la capacidad de supervivencia, en este caso la mía, como terapeuta? Porque más que querer el rechazo, el abandono o desaparición del otro, lo estaba llamando, y exigiendo se mantenga presente, sobreviva. Quizás, pero lo cierto es que creí en ello y continué.

Creo que, a esto se refiere Aulagnier, respecto a entender y aceptar el lugar que el sujeto nos asigna, respetándolo porque es su historia subjetiva, pero desobedeciendo en el punto en que pretende ser la única alternativa de vínculo. En sus propias palabras, “*Uno no*

⁷⁸ Aulagnier P. (1986): La Apertura de la Partida en la Psicosis, Pág. 178. En *El Aprendiz de Historiador y el Maestro-Brujo: Del Discurso Identificante al Discurso Delirante*. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

⁷⁹ *Ibíd.*

puede ni debe oponerse a ese mecanismo proyectivo, pero tenemos que intentar, con variables perspectivas de éxito, probarle al sujeto que en ciertos momentos, más o menos fugaces, podemos también estar “en otro lugar”⁸⁰.

Contemporáneo a esos interrogantes, recuerdo cuán intenso era el estado de confusión en mi propio pensamiento. Para ser algo más precisa, me embargaba una sensación, un afecto de confusión, porque mi capacidad para razonar, para sostener una ilación de pensamiento se veía comprometida, al menos esa era mi impresión. Experimentando cierta confusión, me sentía constreñida por el sumo control que Blanca ejercía frente a todo aquello que verbalizara.

Si bien no fue esa la época más feliz del tratamiento, pude con el tiempo, a posteriori y con ayuda, extraer algunas ideas sobre aquello que acontecía. Cierta sesión, en la cual se venía desplegando la misma lógica, algo corta de estrategias, pues había intentado ir por distintas direcciones, expreso con voz firme que no entendía nada, que estaba confundida, que me costaba incluso seguirla en su relato y cuando sentía que lo hacía y se lo comunicaba, realizaba contrariamente a mi intención, su enojo. Para su asombro, continué diciendo que yo no estaba dentro de su cabeza, que no podía adivinar sus pensamientos. Inmediatamente el tono muscular de Blanca se relajó, casi como hundiéndose en la silla, percibía en ella una sensación mixta por así decirlo, entre alivio y decepción⁸¹.

Alrededor de dos meses habían pasado hasta recibir un mensaje de Blanca diciendo querer retomar el tratamiento. Al encontrarnos nuevamente, Blanca se sienta sin decir nada y sin mirarme, se pone a armar un crucigrama que había traído. La acompaño en silencio. Pasados unos minutos, subiendo la mirada, repentinamente se ríe, yo instantáneamente hago lo mismo, risueña refiere, “me hace reír tu risa”. Mientras sigue con su actividad comenta que ahora no soporta a su mamá, que cree haberse dado cuenta que no hace las cosas bien y que siempre le hacía pensar que el hogar era una cagada, pero ahora veía que era tan así. Sin mediar lapso alguno, como si no hubiese registrado lo que hace instantes ella misma decía: “el hogar es horrible, no me gusta nada estar ahí, es una cagada”. Yo demasiado espontáneamente agarrándome la cabeza le digo: “uh, pará Blanca, estoy mareada,

⁸⁰ *Ibíd.*

⁸¹ De mi asombro fue encontrarme con un pasaje de Winnicott describiendo parecido trato recibido por cierta paciente. “*Por entonces, la niña estaba saliendo de un episodio paranoide que seguía la siguiente pauta: 1. Yo me amoldaba a su idea de una persona que está bajo su control omnipotente y es casi una parte de ella. 2. Me “movi” apenas, y de inmediato quedé fuera de su control. 3. La parte siguiente fue inconsciente: ella me odió. 4. Estaba segura de que yo era un perseguidor. 5. Vio que esto había sido una delusión. 6. Pudo entonces, en muy pequeña medida alcanzar el odio que me tenía mí (en quien confiaba) a raíz de mi mínima excursión fuera del ámbito de su omnipotencia*”. Winnicott D.W. (1989): El concepto de trauma en relación con el desarrollo del individuo dentro de la familia (1965), Pág. 164. En *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

desorientada. ¿Cómo es eso?”. Para mi gran sorpresa, esta comunicación de mi propio estado, la llevó a tomarlo como propio para decir que sí, ella ahora se sentía mareada, al no saber qué pensar, con qué cosas quedarse, si con lo que le decía su mamá, o lo que el hogar en ocasiones le transmitía. Sea tomando el discurso materno, sea tomando el discurso del hogar, Blanca reproducía ambos libretos sin someterlos a modificación alguna. Finalmente le expreso que si intentaba ponerme en sus zapatos, entendía la desorientación que solía sentir. Gracias a ese nuevo estado que experimentaba, quizás lograba darse cuenta de cosas que antes no podía. Sucedió que, la experimentación de la duda y de cierta desorientación en su pensamiento, abrió un nuevo panorama. Ahora, ese tabique tan duro e inquebrantable comenzaba a flexibilizarse, reflejando por consiguiente que las conocidas categorías de buenos-malos, aliados-enemigos, perseguido-perseguidor, ya no resultaban tan nítidas. Categorías que comenzaban a tambalear, a perder consistencia y sobre todo, a convertirse en ordenadores obsoletos para su propio pensamiento.

Compartir los recuerdos – una memoria común.

En trabajo paralelo al estado de desorientación y quizás propiciado por él, Blanca comenzaba a acercarse a contenidos de su pasado, revisándolos en la situación terapéutica, compartiendo el recuerdo de ellos. Muchos, referidos a situaciones violentas de su madre con alguna pareja ocasional, en las cuales la pequeña solía interceder, poniéndose literalmente en el medio con el afán de defender a su madre. Recuerdos que Blanca relataba sintiendo una suerte de orgullo heroico. Por mi parte, acompañaba sus relatos, ofreciendo mi propio registro afectivo (temor, susto, quizás miedo), dramatizándole la probable reacción de cualquier niño de corta edad presenciando escenas violentas entre adultos. Ella sin embargo desestimaba tal reacción, en tono burlón se jactaba de su fortaleza. Trataba de imaginar cuán distinto por supuesto, puede ser el registro que un niño pequeño tiene de la realidad y de los otros que lo rodean. Vinculado a este interrogante, Blanca nuevamente me orientaba al respecto. Ciertos recuerdos se le hacían presentes, referidos a las distintas pensiones por las que habían transitado, relatando en detalle las peleas entre su madre y algunos vecinos. Ella recordaba alegremente estos episodios, pues, participaba y los vivía como un juego, a la manera de un niño que se incluye en el medio de situaciones entre adultos, haciendo travesuras. Con el pasar del tiempo, y siendo Blanca mayor, reiteraba el mismo accionar, pero haciéndolo con la intención de defender a su madre de estos maliciosos vecinos/enemigos, ya era otro escenario, otros personajes. Este otro recuerdo, aunque respecto a escenas similares, muestra otra niña, otra Blanca, tomando otra posición frente a los acontecimientos, y registrando de otra manera. “Capaz, fue por mi culpa que nos echaban de todas las pensiones”. Considerable variación, ya no le resultaba gracioso, la escena lúdica se había esfumando, de repente se había hecho grande y fuerte, pero no obstante seguía siendo niña, aunque un tanto despojada de las experiencias que todo niño por ser tal tiene derecho a ejercitar.

Me detengo aquí un instante. Pues podríamos considerar y hasta acordar todos que, son necesarias las experiencias que todo niño necesita hacer para crecer y desenvolverse como tal. Por ejemplo, respecto al jugar, la posibilidad de no tener que ser todavía responsable de sus actos, sin tener que medir las consecuencias de éstos. Ello sólo puede ser viable porque hay adultos a su alrededor que toman a su cargo esa responsabilidad. Porque resulta que el adulto está ahí y se encuentra disponible, preservando el ejercicio de las experiencias del niño, cuidando que ese despliegue no se vea entorpecido, inhibido o interrumpido. A veces ocurre que el niño, precozmente toma noticia de que las cosas sucederán de otro modo, por distintas situaciones y azares también, debiendo tomar a su cargo responsabilidades prematuramente. Blanca sobre este asunto no tenía ningún blanco.

Basándome en la hipótesis de Enriquez acerca de la creación de una memoria común⁸² pude orientar mis posteriores intervenciones. Mi posición resumida de algún modo, equivaldría a un ofrecimiento: Prestarle un lugar para alojar los recuerdos: Prestar un sitio, una parcela si se quiere, en el interior de mi propio psiquismo, que contenga los recuerdos, aquellos recortes de su historia, suerte de aparato psíquico común. Este ofrecimiento, aunque provisorio, no funcionaría a los fines de contribuir a la rememoración de los recuerdos, o a propiciar que ciertas huellas puedan ser asequibles a la conciencia y a su posterior comunicación verbal. Creo que no se trata de eso, o no sólo de eso. Un aparato que pueda albergar, guardar por un determinado tiempo, lo que Blanca sí puede recordar e incluso historizar de su pasado. Pero ello debía suceder, a condición de hacerlo en un espacio compartido, en el que pueda desembarazarse de algunos recuerdos, pero no para anularlos y borrarlos de su memoria, sino para que otro pueda contenerlos en su psiquismo. No era posible para Blanca alojar y contener sola en su propio psiquismo aquello que rememoraba, la sola percatación le disparaba en la niña angustias intensísimas. La llevaba inmediatamente a erigir defensas tales como la desmentida, borrándose como sujeto activo que enuncia y verbaliza el relato, así como negando radicalmente su participación en el enunciado mismo.

Otro elemento destacable del último periodo del tratamiento de Blanca, fue el de incluir entrevistas vinculares junto a su madre. ¿Razones? Por interés de la niña, y porque personalmente lo pensaba oportuno, me parecía un tiempo adecuado para que así sucediera, puesto que comenzaba a considerarse (por el juzgado) que madre e hija pasaran juntas todo el fin de semana. Casi al finalizar la sesión, quedándome a solas con Blanca, debido a que la madre tenía que retirarse antes, comenta: “¿Viste? Si yo tuve una vida de mierda, por eso prefiero no tener memoria, quiero sacar todo de mi cabeza”. Seguidamente yo debía guardar un secreto, “si se entera que te lo conté me mata. Mi mamá en una época tuvo un trabajo no digno”. Le pedí que explicitara eso “no digno”. Comenta que solía trabajar, salir a ciertos lugares para cobrar por sexo. Le digo que aunque se esforzara por tener la cabeza sin recuerdos eso que me contaba estaba ahí, señalándole su cabeza. Como comentario final, le digo que me daba la impresión, luego de verla a su mamá y a ella juntas que, recordaba cuán pesimista se mostraba frente al mundo, que “todo era una mierda, una porquería”, que esa actitud, ahora, me parecía más típica de su madre. Y le digo, y se me ocurre hacerlo en ese momento: “a veces pasa con alguno de nuestros cajones, suponemos que todo lo que está dentro es nuestro, pero

⁸² “...el fantasma de una memoria común entre el analista y el analizado es una de las condiciones de la fecundidad del trabajo de rememoración en la cura y del acceso a la experiencia de la historia.” Anzieu D. y Otros (1987): *La Envoltura de la Memoria y sus Huecos*, Pág. 107. En *Las Envolturas Psíquicas*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

que sin embargo puede haber cosas que dejaron otros, pero que al estar en el cajón las suponemos nuestras”. Se queda en silencio y termina diciendo: “Estoy muerta de hambre”.

Reconstruyendo en imágenes: “De nuevo los vecinos”

Cierta ocasión, Blanca trae el relato de un paseo junto a su madre, en el cual habían ido a visitar la casa en la cual habían vivido junto a la abuela materna. Comienza diciendo: “a mi mamá le dio una fobia”, la casa materna había sido derrumbada y en su lugar se encontraba una construcción nueva. Tal imagen había provocado en la madre la supuesta fobia, concluyendo la visita de repente. Si bien esto había sido un hecho puntual, le sirvió a Blanca para verbalizar el enojo que sentía respecto a su madre, haciendo una mímica con su cuerpo. En respuesta a su mímica le comento que me hacía pensar en alguien como dormido, desvitalizado, Blanca responde a esto afirmativamente, “Sí, muerta”. Continuando el relato, Blanca pudo registrar que algo se había conservado a los costados de la nueva construcción. Las casas de los vecinos, esas sí eran las mismas. De repente, sin mediar algún filtro en mi pensamiento digo: “¡Los vecinos de nuevo!”, recordando el protagonismo de éstos en el discurso materno. Blanca riéndose me contesta, “uh sí, mi abuela era mucho más brava, mi mamá dice que se vivía peleando con los vecinos”.

Vemos aquí una imagen figurativa de todo un acontecimiento vivido por Paloma. Acaso no guarda cierta similitud al proceso de quiebre y derrumbe psicótico. Una casa, una construcción se había hecho pedazos, no quedaba nada, salvo el recuerdo de quien ha vivido en ella. Ahora una nueva construcción, desconocida, ajena, se encuentra en el lugar de la antigua. En esos instantes Paloma se sintió embargada por “una fobia”, como bien lo describe la hija. Mención nada destinada la que nos ofrece la niña, si algo nos enseña la fobia es que resulta ser una opción para el debate interno del sujeto, para hacer frente al desprendimiento de angustia: Creando el objeto fóbico, vuelve nuevamente pertinente la instrumentación de la acción de huida, ya que logra con cierto éxito, poner afuera un peligro del cual desconoce su procedencia. Así, la angustia será siempre bienvenida pues advierte al sujeto, instándolo a idear/crear un intento de resolución, aunque temporaria, pero resolución al fin.

También, esta imagen con alto potencial figurativo supo traer otros recuerdos. Por empezar mi propio recuerdo: “de nuevo los vecinos”, verbalizado enseguida, esos vecinos que otrora fueron fervientes enemigos en las pensiones, esos que inevitablemente iban a parar a la categoría de potenciales perseguidores, para la madre al menos.

¿Los vecinos de nuevo? Blanca comparte un recuerdo, ¿propio o producto de relatos de situaciones vividas por la madre? Otra opción: Acaso podrían ser asimismo, restos de lo oído o visto cuando pequeña, de otra batalla entre vecinos, incluso sin posibilidad de tener noticia (al menos concientemente) acerca de la enorme relevancia para el psiquismo materno. Ahora Paloma tomaba “la posta” respecto de su propia madre, para volver vigente una lucha, que

actualizaba o más bien inmortalizaba la imagen de esta abuela “brava”. Lo cierto era que la presencia de la abuela, sólo ahora, de la mano de la nieta, se manifestaba como recuerdo. La madre por el contrario más que un recuerdo, se identificaba intensamente, haciendo suyas una lucha y batalla constante (¿paranoide?) que su propia madre probablemente había iniciado.

Nuevamente, dicho ejemplar acontecimiento también nos otorga elementos acerca de la posición identificatoria ofrecida a Blanca en este rodeo generacional. De lo ocurrido luego de la muerte de la abuela materna pude reconstruir lo siguiente: Paloma, para paliar los efectos de la pérdida, hizo de su hija el único motivo para vivir, diríamos se abrazó a ella. Quizás, y sólo quizás, aquel lugar ofrecido a la hija en adelante, haría las veces de tapón, suerte de prótesis que estabilizaría, que restituiría el orden perdido. Aun más, podría funcionar evitando potenciales derrumbes en la madre. Empresa nada fácil para la pequeña Blanca, asumir sin corrimiento alguno que contraría lo que dicta la posición identificatoria ofrecida. La de ser causa y motivo que garantiza cierto equilibrio en la salud mental de la madre. Razón necesaria y suficiente para crear ciertas confusiones que saldrían eventualmente al paso. Un postulado así bien puede contener al mismo tiempo una afirmación y su contraria, a saber: Si la hija es el garante de la vida de la madre, también puede ser objeto-causa de su muerte. Es decir, toda vez que a la hija se le ocurra vivir por fuera de aquella posición impuesta por la madre. Osar contrariar, disgustar, desobedecer, son acciones que atentarían contra el bienestar materno, al ser la hija el único motivo para vivir, es al tiempo, y por tanto, el único objeto-causa de desestabilizar el equilibrio psíquico materno. Claramente lo muestra el alcance y poder de los mecanismos proyectivos, pues, *“no proyectamos sobre alguien en quien no haya nada semejante a lo que se proyecta en él. ...Existe lo mismo en el otro que es soporte de proyección”*⁸³.

Otra orientación nos ofrece Enriquez sobre esta peculiar operación, que incluye dos términos, al menos dos generaciones, madre e hija, aunque también una tercera, la abuela. *“De modo análogo, existe lo mismo en el otro que se busca como aliado o cómplice contra el perseguidor y al que se lo implica como tercero en la persecución. Como el enemigo, el aliado es o ha sido un allegado lo más a menudo objeto de identificación y portador de un poder Identificante y, por esta razón, fuertemente investido”*⁸⁴. A propósito de dicho acontecer. ¿Podría ser esta una oportunidad, quizás inédita para la nieta, la tercera generación en esta familia, de apelar y de hacer uso de otro recurso? Es decir, de tener a su abuela presente en su psiquismo, no como lo sugieren modos de recordar ligados a la repetición, esa lógica que

⁸³ Kaës R., Faimberg H., Enriquez M., Baranes J.-J. (1993): El Delirio en Herencia – Enriquez M., Pág. 111. En *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

⁸⁴ *Ibíd.*

impone al sujeto a un reproducir mudo, sin palabra, y que el tiempo sólo opera ahí para redoblar la apuesta en la generación siguiente.

Un recuerdo, el mío, pudo lograr un puente, dicha comunicación, facilitó la rememoración, tan desestimada y devaluada. Blanca pudo asimismo, enojarse y ofrecer batalla, pero no como de costumbre. Enojada frente a esa imagen de una madre medio muerta, desvitalizada frente a cómo vincularse con ella, a cómo andar en la vida, etc. Ofreciendo batalla, en un intento de sacudir esa imagen, movimiento indispensable para traer a la vida y volver a vitalizar a su madre.

Contratransferencia: Una orden de perfección

Se trata de nuestra herramienta clínica por excelencia, la forma privilegiada de tomar contacto y de insertarnos en la problemática que el sujeto se debate. Es la escena clínica, insistimos, la que motiva la exigencia teórica. Podríamos llegar a un mínimo acuerdo, pues son diversas las posturas frente a este concepto y recurso técnico. Por lo pronto, decir al menos que se trata de la serie de fenómenos sobrevenidos a propósito de la relación analítica y del particular encuentro con aquel sujeto que consulta. Artificio que no tiene nada de artificial o poco verdadero, pues nos convoca realmente a participar de una historia, lejos de ser espectadores de una trama ajena, se nos demanda tomar posición.

Volviendo al tratamiento de Blanca, a propósito de ciertos movimientos transferenciales, pasaré a comentar alguno de ellos. Los encuentros con frecuencia comenzaban con la verbalización de la niña frente a mis inútiles esfuerzos por intentar ayudarla, más que lograrlo, hacía todo por empeorar las cosas. Luego siguiendo la misma línea, sobrevenía la idea de interrumpir el tratamiento, o de buscar otra terapeuta. Para mis adentros, campeaba una leve sospecha sobre la procedencia de este pensamiento, aunque lo dejaba en estado latente, para nada se me ocurría comunicárselo. Hacerlo hubiese implicado, violentar o incluso lesionar aun más la capacidad de la niña y el derecho, de tener sus propios pensamientos. Ubicándome de esta forma, como otro objeto que reduplicaba el poder ejercido sobre dicha actividad. Esta facilitación ofrecida por la transferencia, entrañaba cierta trampa, a sabe: Sobre la base de este movimiento, claro está, hay un objeto en extremo idealizado, poseedor de todo el saber, de las verdades del mundo, beneficiario de un poder descomunal y omnímodo, que puede llegar incluso a leer los pensamientos. La trampa en este movimiento recae si llegamos a creernos y asumir dicha investidura: de hacerlo ocurriría que, así como somos elevados, idealización mediante, así será oportunamente la caída de la cual deberemos reponernos.

Así las cosas, todo parecía encontrarse configurado según los modos de la idealización, y en esa marea por así decirlo, mi posición se veía comprometida. Las opciones se reducían a ocupar, o bien el lugar de un objeto idealizado que le dirige la vida, estipulando qué pensamientos son los permitidos y cuáles son los prohibidos; o bien, si acaso me rehusaba a reproducir ese libreto, sobrevenía inmediatamente la figura de una enemiga, que engaña, que sólo quiere perjudicarla y que todas sus acciones se dirigen a destruirla. Claramente no habiendo más que dos alternativas, idealización y su reverso (figuras enemigas que perjudican/persiguen). Dos extremos sin alternativas aparentes ¿Qué posibilidades habrían de crear opciones en el medio? ¿Serían viables las propuestas intermediarias?

Nuevamente cual callejón sin salida, se presentaba un panorama difícil. En esos momentos que, fueron muy frecuentes, tenía la sensación de estar participando de una relación, de un tipo particular de vínculo en el que todo ya había sido dicho, a la manera de una partida trampeada de antemano⁸⁵. En un escenario en el cual los papeles eran impuestos, y donde los personajes no podían más que someterse a lo que les tocaba en suerte, sin posibilidad de objetar nada. Como si uno accediera entrar a un lugar cuya puerta de entrada anticipara “acá está prohibido pensar”. Este era el escenario que Blanca podía presentar en aquellos momentos, en los que yo misma me sentía constreñida, desorientada, pensando y tratando de idear cómo conducirme y comportarme al respecto.

El clima transferencial se presentaba la más de las veces, bajo la forma de prohibiciones reiteradas, inhabilitándome casi por completo (prohibido pensar, asociar). De ahí mi reacción, al concluir las sesiones, pues experimentaba sensaciones fuertes de inutilidad, de hartazgo, o incluso de estar en un espacio tan angosto sin posibilidad de movimiento. En el marco de tal escenario, tan reducidas son las posibilidades de intervención que “...*el analista parece ocupar en ciertos casos la posición de oído del sujeto que habla, no era una simple metáfora: creo que cualesquiera que fueren las proyecciones que por el camino se produzcan sobre nuestra persona, el investimento del encuentro y de la relación por parte del psicótico tiene como condición primera...su encuentro con una función de él mismo, recuperada, que es su función de escuchante de su propio discurso. El pensamiento forzoso, el robo del pensamiento, esos crímenes de que tan a menudo se queja, no le han dejado más pensamientos expresables en su propio nombre que los que narran los efectos de ese robo, de esa expropiación*”⁸⁶. La autoría de pensamiento se encontraba fuertemente menoscabada en Blanca, la devaluación permanente de sus propios pensamientos, la nota saliente.

Con todo, resultaba urgente idear alguna estrategia, alguna novedad debía acontecer. Mi comportamiento en esa época se caracterizó por asumir la “función pensante de su propio pensamiento”. ¿Qué quiero decir con esto? Que no accedería a ubicarme en una instancia que crea y piensa los pensamientos en lugar suyo, ello hubiese equivalido a confrontarla nuevamente a la serie de incidentes ya ocurridos en su vida. En este contexto, es el terapeuta quien asume temporariamente la función pensante de los pensamientos del paciente, teniendo como prioridades, alojar y contener sus producciones psíquicas. Un trabajo compartido será

⁸⁵ Una sensación que me embargaba, al tiempo que recordaba algo dicho por Aulagnier: “¿Cómo se presentan las cosas en el registro del investimento? También aquí el lugar ya está ocupado. En muchos casos, el psicótico preserva una relación de investimento masivo, que por conflictual que sea, con esos representantes encarnados del poder que son sus padres; es con ellos, y a veces con su sustituto, con quienes prosigue y repite su dialogo”. Aulagnier P. (1986): La Apertura de la Partida en la Psicosis, Pág. 183. En *El Aprendiz de Historiador y el Maestro Brujo: Del Discurso Identificante al Discurso Delirante*. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

⁸⁶ *Ibíd.*, Pág. 184.

necesario, paciente y terapeuta deberán aunar esfuerzos, creando alternativas que se revelen, ofreciendo resistencia frente a una instancia que todo ha escrito, que todo ha dicho. La exigencia siguiente será la de ir al encuentro y recuperación por el propio sujeto, de esa función que le pertenece.

Ofrecer una alternativa a esa lógica constrictiva, paralizante, implicaba en la escena terapéutica, crear las condiciones para que cierta restitución sea posible. Restituir el derecho de Blanca a tener sus propios pensamientos, recobrar la función de pensar, sobre todo y muy particularmente, la posibilidad de hacerlo autónomamente.

En ese intento de crear alternativas, innumerables veces sucedía que, ofrecía, arrimaba productos de mi propio psiquismo. Estos resultaban de mi propia verbalización de estados afectivos⁸⁷ como consecuencia de lo que escuchaba, sólo así, arrimándoselos a Blanca, en un clima algo confuso pero que no intentaba disipar. Dejaba que ese clima nos afectara a ambas, pues ahí ocurría que ella podía hacer propio ese afecto por mí vehiculizado, apropiándose, en ese mismo movimiento, de tramos de su historia, recuerdos de haber vivido estados similares. Sólo así, y en esas condiciones. Lo paradójico, incluso hoy que vuelvo a pensar estas cuestiones, es que este acontecimiento duraba instantes⁸⁸. Lo que seguía, era una suerte de anulación de lo ocurrido, como si ese hecho vivenciado instantes atrás no hubiese existido siquiera. Había seguidamente, un extraño y peculiar movimiento, que se llevaba, arrastrando hacía sí cual agujero negro que desposee, de aquel tramo ganado en apropiación de historia.

Con todo, el enojo como afecto predominante ya no se adueñaba de Blanca, podía experimentar en el clima transferencial cierto alivio. Podía aunque por fugaces momentos -pero por momentos al fin- hacer la experiencia de que hablar acerca de sí misma y comunicar sus pensamientos. Hacer dicha experiencia y beneficiarse de ella, ahora en este escenario, se volvía lícito, permitido, y por qué no placentero.

Ayudados del potencial de la imagen, figurémonos lo siguiente: Una suerte de escenario lúdico, donde los personajes que dudan, que a veces no saben o desconocen, son reales, es decir, su participación se encuentra habilitada. Al comienzo estos personajes tienen un tímida

⁸⁷ Estados algo confusos pues parecen efecto de la conjugación entre el caudal teórico del propio analista junto con el impacto afectivo generado en el vínculo con ese paciente, *“La transformación de un texto teórico en un discurso singular y viviente exige que este último, es decir, nuestras interpretaciones, nuestras palabras, esté dotado del potencial afectivo que debemos a la relación transferencial.”* Ibid.: Introducción, Pág. 22.

⁸⁸ Recuerdo haberme remitido a la lectura de M. Enriquez, cuya precisión de dicho fenómeno me resultó esclarecedor: *“Estas defensas permiten la realización de un compromiso paradójico en el que, dentro de un movimiento totalmente contradictorio, la búsqueda de la borradura de las huellas es desmentida por el rehusamiento obstinado de la negación de sus marcas, y en el que el dormir sin sueños y la desinversión son desbaratados por la sobreinversión de la vigilancia y el dominio”.* Anzieu D. y Otros (1987): *La Envoltura de la Memoria y sus Huecos*, Pág. 107, en *Las Envolturas Psíquicas*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

participación (fugaz diríamos), inesperadamente, son expulsados de la escena por otros en extremo poderosos, poseedores de un saber acerca de todo y todos. Estos, resultan el corolario de una instancia todopoderosa, cuyas facultades de implantar pensamientos o incluso crearlos son habituales y harto conocidas por todos los participantes. Cuando dominan la escena, nadie puede objetarlos, más bien y siempre lo propio es acatar, obedecer, en fin, repetir instrucciones al detalle. Ahora bien, esta idea insinuada de crear/construir otros personajes que alternen y alteren, incomodando a estos otros dominantes, en la escena terapéutica pudo traducirse de la siguiente manera: Dando lugar al juego con los errores, habilitando las dudas, jugando con los sinsentidos, las bromas, todas invitaciones a ejercer rupturas, a entorpecer el orden y la perfección, la constricción habitual en el psiquismo de Blanca. Se abría en el espacio la alternativa de lo incierto, de no saber todo de antemano, beneficiándonos del encuentro espontáneo y relajado, éstos, poco a poco cobraban una tonalidad cada vez más placentera. Compartiendo alegremente juegos que no salían como esperábamos, chistes a medio decir, instrucciones no obedecidas, dibujos que empezaban siendo algo e insólitamente terminaban de otra forma. En fin y para finalizar, todas situaciones propicias, que venían a desbarajustar la tan conocida “orden de perfección”.

ALGO PARA CONCLUIR: Más que cierres, aperturas

No me gustaría finalizar el trabajo sin antes escribir algunas líneas sobre la modalidad de intervención en la institución de la cual formaba parte durante el tratamiento de Blanca. Para hacerlo debo mencionar una cuestión, o al menos dos. La primera, gira en torno a la concepción de un tipo de trabajo, que excede por mucho la relación bipersonal entre terapeuta y paciente. Con mayor precisión podría agregar que, al momento de recibir un pedido de intervención en el marco de este Programa, el abordaje para una problemática particular, era pensado y elaborado siempre desde el aporte de distintos profesionales, es decir, se trataba de un abordaje interdisciplinario. Y no sólo eso, otra razón que fundaba y volvía necesario el trabajo compartido, era relativa al tipo de población que el Programa asistía, a saber: niños/as y adolescentes que por numerosas y distintas razones habían sido desvinculados de su hogar, de sus familias o referentes conocidos. Tomando este dato en consideración, antes de decidir sobre alguna intervención, en esta primera etapa el trabajo se circunscribía a una investigación intensa, una búsqueda de vínculos, lazos del niño con aquello familiar y conocido. Una tarea nada fácil, pues solíamos toparnos con situaciones de abandono, tránsitos permanentes por diversas instituciones (hogares, hospitales, escuelas, etc.), intervenciones contradictorias, interrumpidas o dejadas a medio camino.

Dado este contexto pensábamos ¿cómo posicionarnos como equipo de trabajo? Y sobre todo, ¿qué tipo de pensamiento debía estar sobre la base de las intervenciones? O dicho de otro modo, ¿qué tipo de lógica intentábamos sostener? Con un consenso casi inmediato, todos acordábamos algo: Perseguir el objetivo de restituir y recuperar la trayectoria subjetiva infantil, interrumpida en numerosas oportunidades, lastimada y vulnerada en otras tantas. Para todos, esto resultaba una tarea ineludible y prioritaria, volver a encontrar aquellos relatos, textos de la historia de cada niño, aun cuando los obstáculos que salían a nuestro paso resultarían francamente paralizantes. Quizás sirva de ejemplo lo siguiente: Siempre que lográbamos dar con información acerca de la vida de un niño, había un rasgo común. Compartían una suerte de tiempo, donde el transcurrir se caracterizaba por ser demasiado presente, el tránsito permanente por distintos espacios y lugares resultaba la nota saliente, como un constante estar de paso. Ahora bien, este rasgo de tránsito permanente también lo veíamos en lo referente a los vínculos con otros, con todo eso externo, caracterizándose por su cualidad de transitoriedad. Quienquiera que apareciera en la vida del niño bien podía permanecer o, sin mayores explicaciones su presencia podía ser fugaz, o, desaparecer del todo. El tránsito de gran número de personas era una constante nuevamente. Dicha consideración, asimismo arrojaba la pregunta acerca de la serie de responsabilidades que cada profesional debía asumir al

momento de llevar adelante un tratamiento. En este contexto de intervenciones, repensar estas implicancias éticas no resulta un dato menor, para nada.

Ahora bien, esta breve síntesis del trabajo del Programa, me lleva a comentar lo sucedido finalmente con el tratamiento de Blanca. Pero antes una aclaración, el último periodo de su tratamiento supo transcurrir en otra institución, en un hospital de la ciudad de Buenos Aires en el cual me encontraba trabajando. Esta derivación del Programa al hospital fue llevada a cabo por más de una razón. Una, se trataba de una decisión que excedía cualquier esfuerzo personal o colectivo para evitarlo, debido a que el programa dejaba de funcionar, y otra razón de relevancia, intentar sostener el vínculo terapéutico creado.

Nuevamente fue Blanca quien pudo enseñarme algo más acerca de un cierto concepto, el de *separación*. Pensándolo de manera general, si al chico le queda algo, y si algo hace marca en él, es que la fusión se da en un ida y vuelta. La madre, no se separará del niño sin más, realizará tanteos, idas y venidas, en las que su presencia y, progresiva ausencia y distanciamiento, producirá en su hijo innumerables consecuencias. Entre las cuales podríamos rescatar que –ausencia mediante– el niño comienza a elaborar cosas, trabaja arduamente diríamos, en este asunto de tener al objeto de su afecto por momentos ausente. Lo piensa, le busca razones, arma y se hace de los motivos para explicar tal situación, tamaña novedad para él. De ahí que para Winnicott, sea de tal importancia el ejercicio de la elaboración imaginativa en esos momentos. Pero este proceso no concluye así sin más, la separación como decíamos trae otros alcances. Trae consigo el reencuentro, la re-unión, y diríamos, sienta las bases para que esa reunión tenga lugar y sea alegremente festejada por quienes la experimentan. El niño por su parte, y la madre por el otro, ya no serán los mismos después de este rodeo. Reencontrándose, luego de haberse separado y esbozar algo al respecto, el encuentro se verá exigido, ahora el niño se verá alentado de hacer novedades.

¿Y qué decir respecto a Blanca? Las separaciones de Blanca y su madre, padecidas sucesivamente, frecuentemente decididas por otros, otros autorizados a separar y valorar como nociva la re-unión, produjeron, como fuimos viendo, innumerables consecuencias para madre e hija. Aunque sorprendidos nosotros, algo permanecía, la persistencia de un deseo de re-unión, madre e hija encontradas en la insistencia de recuperar un vínculo, el suyo. Por supuesto, ninguna será la misma luego de lo vivido, por supuesto que desobedeciendo esas decisiones ya tomadas por otros conduje mi comportamiento como terapeuta de Blanca, y más personalmente –aunque la aclaración carezca de sentido– admito que, tampoco puedo considerarme la misma luego de lo transitado a durante esta experiencia terapéutica.

De manera quizás demasiado sintética, podemos resumir ciertos pasajes en el tratamiento de Blanca. El más llamativo y notorio si se quiere, es el pasaje del carácter

persecutorio del proceso de desidealización sobrevenido respecto de la figura materna, a la dolorosa experiencia que propone el sentimiento de culpa consecuente. El proceso de desidealización realizado por Blanca, contemporáneo a la habilitación de la duda, pudo ponerla en contacto con situaciones generadoras de intensa culpa. Debido a que tomaba a su cargo y se responsabilizaba en cierta manera de las imperfecciones, defectos o falencias maternas. Asimismo vimos cómo fue cediendo la apelación constante a mecanismos proyectivos y renegatorios, dando lugar a la culpa y el proceso de duelo que ella habilita.

Resta decir un comentario concerniente al estado arribado por la niña en el último tramo de tratamiento, la experimentación de intensa aflicción. La referencia de Winnicott a propósito de la depresión, resulta elocuente, veamos por qué. *“La depresión, entonces, implica esperanza, ¿qué clase de esperanza? Sugiero lo siguiente: La esperanza de recibir sostén durante un periodo, mientras tiene lugar la reelaboración, vale decir, una recomposición o reordenamiento interno, en el llamado mundo interior. Solo en este caso la recomposición deja de ser fútil”*⁸⁹. Inspirados en esta idea, sin desconocer o desestimar las características que dicha constelación trae consigo, intentemos ejercer cierta distancia de la depresión como cuadro clínico. Aquí, más bien interesa considerar la depresión como un estado de aflicción intenso, suerte de sensación pesadumbrosa, una especie de marchitamiento temporario. Un ejemplo del orden natural podría servirnos: Visualizar los momentos en los cuales las plantas se afligen, animismo mediante, se ponen tristes, sus hojas pierden su tensión y vigorosidad habitual, andan cabizbajas por así decir. Siempre a la espera –esperanzada– de que algo externo se modifique, de tal manera que vuelva a aportarle la cuota necesaria para seguir existiendo.

Salvando las abismales distancias del ejemplo, volviendo al orden de lo humano, me interesa preguntar ¿Por qué para Winnicott cuando la depresión hace su entrada, y cuando ello sucede, se vuelve para él un indicador de esperanza? Entiendo que, la depresión implica esperanza puesto que cuando un sujeto lo siente, cuando verdaderamente se encuentra experimentando dicha aflicción, siente que *puede* hacerlo. Puede hacer la experiencia de transitar dolorosamente porque existe una garantía, cuando un sujeto por cierto tiempo necesita habitar subterráneamente, sin que alguien entorpezca o interfiera dicho proceso. En términos de estados internos, la garantía reside en que hay otro que sostiene, que acompaña dicho proceso, otro que no se entromete, pero que no obstante, permanece. Por tanto, podemos afirmar entonces, que la esperanza es experimentada por quien la vive como la posibilidad de una nueva oportunidad.

⁸⁹ Winnicott D.W. (1989): Fragmentos concernientes a algunas variedades de confusión clínica (1956), Pág. 47. En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

Blanca se encontraba quizás iniciando por primera vez la experiencia de sentirse deprimida. Otra era la época, otro era su estado. Podía ahora comenzar a aflojar sus usuales fortalezas, a dejar de controlar sus blancos, podía ceder el control respecto a sí misma, frente al afuera, a los otros. La duda no sólo hacía su aparición como invitación, comenzaba a instalarse como recurso, preparado y disponible para sentirse en condiciones de transitar una etapa, la de cuestionar su interior, aquel mundo suyo tan fervientemente defendido, ahora, esa aventura se volvía un hecho.

BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu D., Houzel D., Missenard A., Enriquez M., Anzieu A., Guillaumin J., Doron J., Lecourt E., Nathan T. (1987): *Las Envolturas Psíquicas*. Amorrortu, Buenos Aires, 2004.
- Aulagnier P. (1975): *La violencia de la interpretación: Del Pictograma al Enunciado*. Amorrortu, Buenos Aires, 2004.
- Aulagnier P. (1984): *El Aprendiz de Historiador y el Maestro Brujo: Del Discurso Identificante al discurso alienante*. Amorrortu, Buenos Aires, 1992.
- Bleichmar S. (1993): *La Fundación de lo Inconsciente*. Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Bleichmar S. (1999): *Clínica Psicoanalítica y Neogénesis*. Amorrortu, Buenos Aires, 2008.
- Bleichmar S. (2001): *La subjetividad en Riesgo*. Topía, Buenos Aires, 2010.
- Freud S. (1895): Proyecto de Psicología para Neurólogos. En *Obras Completas* Vol. I. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1911): Formulaciones Sobre los dos Principios del Acaecer Psíquico. En *Obras Completas* Vol. XII. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1914): Pulsiones y Destinos de Pulsión. En *Obras Completas* Vol. XIV. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1914): Introducción Al Narcisismo. En *Obras Completas* Vol. XIV. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1920): Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas* Vol. XIV. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1923): El Yo y el Ello. En *Obras Completas* Vol. XIX. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Freud S. (1924): El Problema Económico del Masoquismo. En *Obras Completas* Vol. XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- Green A. (2005): *Jugar con Winnicott*. Amorrortu, Buenos Aires, 2007.
- Janin B. (2003): Patologías Graves, en *Cuestiones de Infancia – Vol. 3*, Buenos Aires, 2003.
- Janin B. (2013): *Intervenciones en la Clínica Psicoanalítica con Niños*. Noveduc, Buenos Aires, 2013.
- Kaës R., Faimberg H., Enriquez M., Baranes J.-J. (1993): *Transmisión de la Vida Psíquica entre Generaciones*. Amorrortu, Buenos Aires, 1996.

- Winnicott D. W. (1947): *El Niño y el Mundo Externo*. Hormé, Buenos Aires, 2007.
- Winnicott D. W. (1959): *La Familia y el Desarrollo del Individuo*, Hormé, Buenos Aires, 2006.
- Winnicott D. W. (1965): *Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador: Estudios para una Teoría del Desarrollo Emocional*. Paidós, Buenos Aires, 2011.
- Winnicott D. W. (1971): *Realidad y Juego*. Gedisa, Barcelona, 2005.
- Winnicott D. W. (1979): *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Paidós, Barcelona, 1999.
- Winnicott D.W. (1989): *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Paidós, Buenos Aires, 2006.

ÍNDICE

ALGUNAS CUESTIONES INTRODUCTORIAS	1
--	---

PARTE I.

SIGMUND FREUD:

El aparato psíquico en sus inicios: Primeras inscripciones, tramitación de las excitaciones, el otro como auxiliar.	3
Una nueva acción psíquica: Narcisismo primario, el otro como modelo y su función ligadora. . .	7
Principio de una historia: El yo, sus experiencias con lo exterior, el otro como soporte.	10
Un aparato psíquico pronto a ser poblado: el otro dejando huellas de su impronta.	13

PIERA AULAGNIER:

La psique y lo suyo por excelencia: Su actividad de representar y metabolizar.	15
Función de portavoz – función de prótesis.	19

DONALD W. WINNICOTT:

Si de crecimiento hablamos, se trata de ir juntos.	22
--	----

PARTE II.

ARTICULACIÓN MATERIAL CLÍNICO

Interrogantes.	26
Un tratamiento para Blanca: A propósito de su inicio.	27
Creación del vínculo terapéutico: Permanecer, perdurar, confiar.	31
¿Qué clase de vivencias resultan traumáticas? Repensando sus presentaciones.	33
Haciendo historia: ¿Recobrándola de qué formas?	36
¿Qué hacer con el blanco-de Blanca?	44

Fluctuaciones transferenciales: ¿El vínculo terapéutico podrá sobrevivir?	47
Compartir los recuerdos – una memoria común.	50
Reconstruyendo en imágenes: “De nuevo los vecinos”.	53
Contratransferencia: Una orden de perfección.	56
ALGO PARA CONCLUIR: Más que cierres, aperturas.	60
BIBLIOGRAFÍA.	64

Especialización en Psicoanálisis con Niños
Trabajo Final de Acreditación

**EFFECTOS EN LAS FORMAS
DE METABOLIZACIÓN PSÍQUICA
Y EN LA ACTIVIDAD DE PENSAMIENTO:**

ACERCA DE LA INFLUENCIA DE LA PSICOSIS MATERNA
EN EL CASO DE UNA NIÑA DE 11 AÑOS



ALUMNA: Lic. Baigorri María Victoria.
TUTOR: Lic. Gabriel Donzino.